CADA OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGAS 49 Y 50.

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO.

CADA ENTREGA UN REAL.
UNA Ó DOS SEMANALES.

LA LÁPIDA MORTUORIA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ESCRITO EN FRANCÉS

POR

ALEJANDRO DUMAS,

Y ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. JOSÉ MARÍA GARCÍA.

Representado con notable aplauso en el teatro de Lope de Vega el 5 de noviembre de 1859.

REPARTO.

DOÑA DOLORES.	Doña Cármen Carrasco.
CLOTILDE.	Doña Cármen Berrobianco.
DON CÁRLOS SANDOVAL. . .	D. Julian Romea.
Mr. FIELDING.	D. Florencio Romea.
ENRIQUE..	D. José Olona.
UN MARMOLISTA.	D. José Garcia.
Un Criado.	N. N.
Otro id.	N. N.

ACTO PRIMERO.

Sala en una fonda de Alicante.

ESCENA PRIMERA.

El Criado *de la fonda, el* Marmolista.

RIADO. ¿V. quiere ver á doña Dolores, ó á su hijo?

ARMOLISTA. La carta que he recibido está firmada por D. Enrique Sandoval.

RIADO. Entonces es al hijo. ¿Y quién le diré que?...

ARMOLISTA. El marmolista. (*El criado se dirige á la puerta izquierda y se encuentra con Enrique que sale en aquel momento.*)

ESCENA II.

Los mismos, Enrique.

Criado. ¿Ha oido V.?

Enrique. Sí, amigo mio. Por Dios no olvide V. lo que le he recomendado, que no se le escape á nadie una sola palabra... Mi padre llega hoy mismo, y hay que tomar algunas precauciones para que no sepa de repente la horrible desgracia que le espera.

Criado. No tenga V. cuidado. Todos los criados de la fonda están ya advertidos, y ninguno cometerá la menor imprudencia.

Enrique. ¡Mil gracias! (*Se va el criado.*)

678636

ESCENA III.

ENRIQUE, *el* MARMOLISTA.

MARMOLISTA. He sentido mucho no hallarme en casa cuando V. estuvo en ella; pero así que mi esposa me ha dicho el objeto de su visita, me he apresurado... (*Desenvolviendo un rollo de papeles.*) Aquí tiene V. dibujos... planos...

ENRIQUE. Es inútil. Tome V. este diseño, que he tenido yo el suficiente valor de hacer por mí mismo. Grabará V. únicamente en el mármol, negro, estas palabras: «Clotilde Sandoval, murió á la edad de diez y seis años, el dos de setiembre de mil ochocientos cincuenta y ocho. R. I. P.»

MARMOLISTA. Muy bien.

ENRIQUE. Hágala V. lo mas pronto posible, pues ya le habrá dicho á V. su esposa que yo permaneceré pocos dias en Alicante.

MARMOLISTA. Eso no importa. Yo voy con frecuencia á Madrid á proveerme de mármoles... y allá le presentaré la factura.

ENRIQUE. Pues si cuando esté concluida la lápida quisiera V. llevarla para que mi pobre madre la viese...

MARMOLISTA. ¿Dónde vive V.?

ENRIQUE. Calle de Atocha, número veinte y cinco.

MARMOLISTA. La llevaré.

ENRIQUE. ¡Gracias! ¿Le ocurre á V. alguna duda?

MARMOLISTA. Ninguna. Adios, caballero. (*Saluda y se va.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE, DOÑA DOLORES.

ENRIQUE. (*Ve á su madre y dice abrazándola.*) ¡Madre de mi alma!

DOLORES. ¡Hijo mio! (*Llora.*) ¿Qué le diré á tu padre cuando me pregunte dónde está su hija?

ENRIQUE. Pon una mano sobre tu corazon y con la otra señala el cielo.

DOLORES. ¡El dolor le matará!

ENRIQUE. ¿No vives tú?

DOLORES. Ya no te acordarás del dia en que se separó de nosotros. ¡Eras entonces tan niño!

ENRIQUE. No tan niño, mamá. Ya tenia doce años.

DOLORES. Sí, doce, y mi pobre Clotilde seis.

ENRIQUE. (*Vivamente y deseando distraer á su madre.*) ¿No ibas á hablarme de cuando papá se marchó?

DOLORES. Sí; aun me parece que le estoy viendo, sentado en su sillon. Os cogió en los brazos, os colocó sobre sus rodillas: «Hijos mios, os dijo, estoy arruinado; pero soy jóven todavía; os quiero con todo mi corazon, y confio que con la ayuda de Dios conseguiré rehacer mi fortuna. Os dejo seis mil reales de renta... es todo cuanto poseo; pero tambien queda con vosotros...»

ENRIQUE. «Vuestra tierna y cariñosa madre... que es tan arreglada, tan económica...» ¡Ya ves cómo me acuerdo!

DOLORES. (*Le abraza y continúa.*) «Que os educará como si ese dinero fuera vuestro único porvenir. A tí, Enrique, como á un artista que con su trabajo se adquiera una posicion y un nombre, y á tí, Clotilde, como una buena hija, que mas tarde sea tan buena esposa y tan buena madre como ella. No me volvereis á ver, continuó, hasta el dia que pueda traeros la fortuna que he perdido. Ese dia, me dijo dándome la mano, ese dia, mi querida Dolores, devuélveme á mis hijos, á mi Enrique, á mi Clotilde, á los que tanto amo, y de los que voy á tener el valor de separarme durante doce, quince años tal vez. Piensa que si me faltara alguno de ellos á mi vuelta ¡estoy seguro que moriria!...» Y ahora viene despues de diez años de ausencia, rico, dichoso, lleno de esperanza y de felicidad, deseando estrechar á sus hijos contra su corazon; y cuando nos pregunte por tu hermana... ¡oh, Enrique, estoy cierta de que tambien perderemos á tu padre!

ENRIQUE. ¡Ah!

DOLORES. ¡Era yo tan feliz y estaba tan orgullosa con vosotros, que Dios me ha castigado en mi orgullo!

ENRIQUE. ¡Tranquilízate!

DOLORES. Cuando las demás mujeres pierden un hijo, su dolor es grande, inmenso sin duda; pero es un dolor solamente, en tanto que yo, estoy esperando que mañana, hoy, dentro de una hora quizá, la fragata *Isabel* entrará en ese puerto; que tu padre, sobre cubierta, nos buscará entre la multitud; que viendo que no estamos entre ella, preguntará por la casa donde le espera su hija; que subirá esa escalera, que entrará por esa puerta gritando: «Aquí estoy, aquí estoy: ¿dónde están mis hijos?» y que yo, de pié delante de él, sin saber qué decirle, bajaré la cabeza con los ojos llenos de lágrimas y con el corazon destrozado.

ENRIQUE. (*Abrazándola.*) ¡Madre de mi alma!

DOLORES. ¡Ah! Por lo que yo sufro, conozco lo que él va á sufrir. (*Cogiéndole una mano.*) Enrique, tu padre tiene una organizacion tan delicada que, segun los médicos, una emocion fuerte podria matarle. ¿No te asusta la idea de que á pesar de ser tan desgraciados, podemos serlo mas todavía?

ENRIQUE. Siempre nos has guiado por el camino de la virtud, nos has educado siempre como buenos cristianos, nos has enseñado á esperar y confiar en Dios, y ahora veo que tú ni esperas ni confias en él.

DOLORES. ¡Ah! ¡qué horror! ¡Tienes razon, hijo mio! Acatemos sus divinos preceptos, confiemos en su infinita misericordia.

ESCENA V.

Los mismos, el CRIADO.

CRIADO. Perdone V., señora...

ENRIQUE. ¿Qué ocurre?

DOLORES. ¿Han señalado algun buque?

CRIADO. Todavía no. Es que una jóven que acaba de llegar de Madrid, pregunta por la señora de Sandoval.

DOLORES. ¿Una jóven?

CRIADO. Sí, señora: una jóven de unos diez y siete á diez y ocho años.

DOLORES. (*Suspirando.*) ¡Esa era la edad de mi Clotilde!

ENRIQUE. Dígala V. que mi madre no puede recibirla hoy. Mañana ó pasado...

CRIADO. Dispense V. si insisto; pero ella ha mostrado tal empeño...

ENRIQUE. ¿En un dia como este?

CRIADO. Recuerde V. que me ha prohibido decir á nadie ..

ENRIQUE. ¡Es verdad!

DOLORES. ¿Ha dicho su nombre?

CRIADO. Clotilde Alvarez; pero dice que Vds. no la conocen.

oscureciendo. Es verdad que como me habias oido decir que el bello ideal de la hermosura consistia en tener los cabellos negros y los ojos azules...

DOLORES. ¡Cárlos!

ENRIQUE. ¡Padre mio!

SANDOVAL. Creí que no llegábamos nunca. Si me hubieran ofrecido un millon por estar un dia mas separado de vosotros, le hubiera rehusado. Pero ¿y Clotilde? ¿Dónde está mi Clotilde?

ENRIQUE. ¡Padre!...

DOLORES. ¡Amigo mio!

SANDOVAL. ¿No me contestais? ¡Tres veces he preguntado ya por ella y no me habeis respondido! Veamos: ¿dónde está mi hija? ¡En el nombre del cielo, responded! Siento que se me oprime el corazon... ¡No... no! ¡Es imposible...

DOLORES. ¡Dios mio!

ENRIQUE. (*Pronto á confesar la verdad.*) Pues bien, padre; sepa V...

SANDOVAL. (*Llamando.*) ¡Clotilde! ¡Clotilde!

ESCENA XIII.

Los mismos, CLOTILDE.

CLOTILDE. ¿Quién me llama?

SANDOVAL. (*Mirándola.*) ¡Ah! ¡aquí está! ¡aquí está! ¡Ha querido recibirme con el vestido que yo le he mandado!

DOLORES. (*Bajo.*) ¡No le desengañemos, por Dios!

SANDOVAL. ¡Hija de mi alma!

DOLORES. (*Id.*) ¡Se moriria!

CLOTILDE. ¡Padre... mio!

SANDOVAL. ¡Vuelve á mis brazos!

CLOTILDE. ¿Qué tiene V.?

SANDOVAL. (*Cayendo en un sillon.*) Nada... nada... La felicidad no mata. ¡Oh! ¡si hubiera permanecido un instante mas en aquella incertidumbre, me hubiera muerto! ¡Hijos de mi corazon! (*Los estrecha contra su pecho, y cae el telon.*)

ACTO SEGUNDO.

Gabinete interior de la casa de D. Cárlos Sandoval, en Madrid. Está servido el té. Habrá un piano abierto. A la derecha un retrato de doña Dolores, suspendido de la pared. Jarrones de flores por todas partes.

ESCENA I.

DON CÁRLOS SANDOVAL, DOÑA DOLORES, ENRIQUE; CLOTILDE, *levantándose del piano.*

SANDOVAL. ¿De quién es esa romanza que acabas de cantar?

CLOTILDE. Pregúnteselo V. á Enrique.

ENRIQUE. Es de ella, papá...

CLOTILDE. Ahora vuélvase V., *caballero.*

SANDOVAL. (*En tono de broma.*) El *caballero* se vuelve.

CLOTILDE. Mire V. hácia ese lado.

SANDOVAL. ¡El retrato de vuestra madre!... (*A Enrique.*) ¿Y quién es el autor de ese retrato?

ENRIQUE. Pregúnteselo V. á Clotilde.

CLOTILDE. Aquí le tiene V. (*Señalando á Enrique.*)

SANDOVAL. Gracias, Enrique, por haber adivinado lo que podia ser mas grato á mi corazon. Dolores, ¡qué parecida estás!

DOLORES. Me da vergüenza ser la única que nada te ha dado el dia de tu cumpleaños.

SANDOVAL. ¿Nada? ¿Con que tienes tú por nada este par de alhajas? ¡Si vieras qué dia tan feliz estoy pasando! En todo el tiempo que he estado léjos de vosotros, no he sabido ni cuándo eran mis dias, ni aun si estaba en este mundo; no he recobrado la existencia hasta el momento en que os estreché contra mi corazon. (*Clotilde le sirve el té.*) Gracias, Clotilde.

CLOTILDE. ¿Quiere V. hacer el favor de tirar del cordon de la campanilla, Enrique?

SANDOVAL. ¿Eh?...

CLOTILDE. (*Aparte.*) Me he distraido. . (*Alto.*) No... si es...

SANDOVAL. Espera un poco. Acercaos los dos aquí.

ENRIQUE. (*Bajo á Clotilde.*) ¿Está V. viendo?

SANDOVAL. Tengo que haceros una observacion. (*Se acercan los dos, colocándose uno á cada lado. Doña Dolores permanece sentada.*)

ENRIQUE. Hable V.

SANDOVAL. (*Que está mirando á doña Dolores.*) ¿Atiendes tú, Clotilde?

CLOTILDE. Sí, papá.

SANDOVAL. He observado que os tratais de una manera tan rara, y he creido ver una frialdad tan estraña en vuestras conversaciones mas íntimas, que no ha podido menos de sorprenderme. Esta tarde tú, hablando de ella, decias: «La señorita Clotilde...» Y ella ahora, para decirte que llamaras, te ha dicho: «¿Hace V. el favor?...»

CLOTILDE. Papá... una distraccion...

SANDOVAL. Cuando yo me separé de vosotros, os queriais mucho, os hablabais con el mayor cariño.

ENRIQUE. Es porque...

SANDOVAL. ¿Es acaso de moda esa indiferencia, ese respeto? ¿Ha llegado hasta aquí la costumbre que tienen en Portugal los hermanos de no tutearse, ó tal vez se usa eso en los círculos mas elevados? Pues aunque eso fuera, hijos mios, en lo sucesivo quereos como lo que sois, como hermanos... Que tu hermana no sea para ti la señorita Clotilde, sino Clotilde á secas; y tú, cuando hables á tu hermano, no le digas caballero, sino Enrique: desaparezca de una vez esa frialdad glacial que reina entre vosotros; hablaos con efusion, con afecto...

CLOTILDE *y* ENRIQUE. ¡Padre mio!

SANDOVAL. ¿Estabais acaso enojados el uno con el otro por alguna niñería? Eso debe ser. Haced las paces. Daos un abrazo.

ENRIQUE. ¡Hermana!

CLOTILDE. ¡Hermano!

ENRIQUE. (*Bajando los ojos.*) ¿Me permites?...

SANDOVAL. (*Empujándolos.*) ¡Vamos! (*Se abrazan muy ceremoniosamente.—Sandoval á su esposa.*) ¿Sabes que tienen un genio muy raro estos muchachos? (*Aparte.*) ¡Cualquiera creeria que no se quieren!

CRIADO. (*Entrando.*) ¡Señor!

CLOTILDE. (*Bajo á doña Dolores.*) Ya lo ve V., por mas que hago...

ESCENA II.

Los mismos, el CRIADO.

SANDOVAL. ¿Qué hay?

CRIADO. Acaban de traer esta carta.

SANDOVAL. Dame. (*Leyendo.*) «¡Ricardo Fielding!...» ¡Ah! ya le habia, ó mejor dicho, habia intentado olvidarle.

CRIADO. El señor Fielding ha llegado esta mañana de Nueva-York, y vendrá, segun dice, esta tarde misma...

SANDOVAL. Está bien. (*Se sienta. Sale el criado.*)

DOLORES. ¿Qué tienes, Cárlos?

SANDOVAL. Nada: es una visita que me anuncian y que no puedo escusarme de recibir.

DOLORES. ¿El señor Fielding?

SANDOVAL. Sí.

DOLORES. ¿No es de ese caballero de quien tanto nos hablabas en tus cartas?

ENRIQUE. ¿Y que, segun creo, le ha hecho á V. grandes favores?

SANDOVAL. Inmensos. Todo se lo debo á él.

CLOTILDE. ¡Cómo le vamos á querer!

SANDOVAL. ¡Clotilde! (*Poniéndose la mano en el corazon.*)

CLOTILDE. ¿No debemos querer nosotros á los que V. quiere, padre mio?

SANDOVAL. ¡Querer! Sí; segun el sentido que se dé á esa palabra.

CLOTILDE. Esta mañana nos decia V. que nos queria demasiado; ¿no era eso decirnos que nosotros no le queríamos á V. bastante?

SANDOVAL. ¡Hija mia! Nosotros nos amamos como la naturaleza nos manda amar. ¿Qué seria de la pobre raza humana, si los padres y los hijos se quisieran del mismo modo? No... la naturaleza mira adelante; ¿qué le importa el dolor de los padres? ¡Unicamente necesita la felicidad de los hijos!

ENRIQUE. ¿Qué quiere V. decir?

SANDOVAL. ¿No me has comprendido?

ENRIQUE. No.

SANDOVAL. ¿Y tú, Clotilde?

CLOTILDE. Tampoco.

SANDOVAL. ¡Estoy cierto de que me comprenderá vuestra madre!

DOLORES. (*Tristemente.*) ¡Ah! Sí.

SANDOVAL. ¿No te ocurre que pueda llegar un dia en que yo tenga celos de tu cariño?

CLOTILDE. ¿Celos de mi cariño?

SANDOVAL. Sí; porque vendrá un dia, y ese dia no está léjos quizá, en que sin saberlo, serás ingrata.

CLOTILDE. ¡Ingrata!... ¡Oh! ¡jamás!

SANDOVAL. (*Sentándola sobre sus rodillas.*) Mira: se anhela con ansia tener una hija, y llega por fin un dia en que Dios nos envia ese ángel deseado... Desde aquel momento, ya no la perdemos de vista ni un solo instante. Durante el dia gozamos con sus juegos, guardamos su sueño por la noche, y no vivimos mas que para ella; se la quiere, se la adora, y no contentos con esto, exigimos que los demás la quieran y la admiren. Cuando para todos apenas puede tenerse en pié, anda ya para nosotros. Cuando apenas balbucea algunas palabras, para nosotros habla perfectamente. Nos bajamos cuanto podemos, para tener su misma estatura; y cuando su lengua puede referirnos algunos de esos cuentos inocentes que se enseñan á los niños, nos parecen mas interesantes, mas poéticos que la Iliada de Homero.

CLOTILDE. ¡Padre mio!

SANDOVAL. (*La mira con una ternura infinita.*) Llega á ser grande, la encuentran hermosa; en este momento un estraño, conducido quizás por su mismo padre, ve á la jóven, la dice tres palabras al oido... y estas tres palabras son suficientes para que ella ame al estraño mas que á sus padres, que los abandone por seguirle, que dé á este estraño su vida, que es nuestra vida... mas todavía, su corazon, que es nuestro corazon... Hé ahí lo que tú ahora no puedes comprender, mi querida Clotilde, lo que tú no comprenderás hasta que seas madre, y veas que un hombre te roba á tu hija. (*Da un abrazo á Clotilde y se levanta.*) Ven, Dolores, ven; necesito hablarte... Esperadme aquí, hijos mios, pronto vuelvo con vuestra madre.

ESCENA III.

CLOTILDE, ENRIQUE.

CLOTILDE. ¿Qué tiene su padre de V., Enrique?

ENRIQUE. ¿No lo ha comprendido V.? Teme que pueda llegar un dia que ame V. á otro mas que á él, y está celoso.

CLOTILDE. (*Vivamente.*) No tiene razon de estarlo, pues yo no amo á nadie.

ENRIQUE. Si de ello estuviera tan seguro como yo, estaria mas tranquilo.

CLOTILDE. ¿Puedo yo amar á alguno? ¿Me pertenezco acaso á mí misma?

ENRIQUE. ¿Y quién puede tener derecho sobre V.? ¿No es V. huérfana... sin parientes... dueña de sí misma?...

CLOTILDE. ¿Me permite V. entonces decir hoy mismo á su padre quién soy?

ENRIQUE. No... todavía no... V. misma ha visto que hace poco, á la sola idea de que podia llegar un dia en que se separase V. de su lado, le ha faltado poco para llorar como un niño.

CLOTILDE. Pero, Enrique, es preciso que esto tenga un término. Yo no puedo esperar á que la casualidad nos saque de la dolorosa posicion en que el destino nos ha colocado.

ENRIQUE. No, no es la casualidad la que le ha dado á V. el mismo nombre y la misma edad que á la pobre muerta. ¡Oh! no, Clotilde, ¿por qué no hemos de creer en la Providencia?...

CLOTILDE. ¡La Providencia! Tal vez por lo mismo que se abusa tanto de su nombre desciende tan pocas veces sobre la tierra.

ENRIQUE. ¿Y V. duda de ella? ¿V., á quien todo se lo ha dado? Yo no soy tan ingrato como V., y doy las gracias á esa Providencia, que ha puesto á mi lado á la jóven amable, bella y cariñosa que habia sido el ideal de mis sueños, y que ya empezaba á creer que no existia sino en el cielo ó en los cuentos de hadas. (*Se abre la puerta.*)

CLOTILDE. ¡Alguien viene! (*Se sienta al piano.*)

ENRIQUE. ¿Es V., José? ¿Qué hay?

ESCENA IV.

Los mismos, un CRIADO.

CRIADO. Perdone V.; creí que estaba en este gabinete su padre de V., y venia á decirle que el señor de Fielding acaba de llegar.

ENRIQUE. Conduzca V. á ese caballero al salon y prevenga V. á mi padre... (*Se va el criado.*)

ESCENA V.

ENRIQUE, CLOTILDE.

ENRIQUE. (*A Clotilde, que quiere levantarse del piano.*) No se vaya V., Clotilde. Tengo tantas cosas que decirla...

CLOTILDE. Enrique...

ENRIQUE. Pues bien, nada diré. Déjeme V. únicamente contemplarla. ¡Toque V. en el piano esa lágrima de Weber, que se llama su último pensamiento!

CLOTILDE. (*Dejando caer las manos sobre el piano.*) Con mucho gusto. (*Toca.*)

ENRIQUE. ¿Ha soñado V. alguna vez en su vida una cosa mas bella, mas melancólica, mas triste que esta melodía?...

ESCENA VI.

Los mismos, FIELDING.

FIELDING (*Empuja suavemente la puerta y entra.*) ¡Encantadora! ¡Y está muy bien interpretada!

CLOTILDE. (*Temblando.*) ¡Caballero!

ENRIQUE. Perdone V., pero...

FIELDING. La suplico á V. que continúe, ó me dará á entender que he sido indiscreto... lo que tal vez sea verdad, y que debo retirarme. Sin embargo, yo tenia derecho á esperar que Ricardo Fielding no seria un estraño para los hijos de su amigo Sandoval, pues supongo que es á la señorita Clotilde y al señor D. Enrique Sandoval á quienes tengo el honor de hablar en este momento.

ENRIQUE. Ha acertado V., caballero. Mi padre nos ha dicho lo mucho que le debe á V., y tenia V. sobrada razon en suponer que no podia ser un estraño para los hijos de Sandoval el bienhechor de su padre. Mi querida Clotilde, puesto que el señor desea .. (*Clotilde vuelve á tocar la misma melodía.*)

FIELDING. ¡Bravo, señorita! Nunca el genio del autor de Freischütz ha sido comprendido por un corazon tan tierno, ni por una mano tan hábil. (*Tomando un libro.*) ¡Qué veo! ¡una novela de mi compatriota Cooper en su lengua original!... ¿Lee V. este libro, Enrique?

ENRIQUE. No... mi hermana.

FIELDING. ¿Sabe V. inglés, señorita?

CLOTILDE. Muy poco...

FIELDING. No puede saber poco el que lee á Cooper... Es autor muy difícil para los estranjeros.

CLOTILDE. Menos que Walter-Scott, sin embargo.

FIELDING. Y eso á causa de las palabras escocesas que intercala en el diálogo. ¿Le gusta á V. Cooper?

CLOTILDE. Mucho.

FIELDING. ¿Mas que Walter-Scott?

CLOTILDE. No me atrevo á decidir entre los dos autores, ni yo entiendo nada de eso: con todo, si fuera permitido á una mujer el juzgar las obras del genio, diria que creo que hay mas idealismo en el novelista americano, y un sentimiento mas profundo, una percepcion mas completa de la inmensidad.

FIELDING. Le daré la enhorabuena á mi amigo Sandoval: veo que no me habia exagerado...

ESCENA VII.

Los mismos, SANDOVAL.

SANDOVAL. ¡Él!

ENRIQUE. ¡Mi padre!

FIELDING. (*Abrazándole.*) ¡Sandoval!

SANDOVAL. (*Id.*) ¡Mi querido Fielding! Hijos mios, mirad bien á este hombre. Cuando vuestro padre llegó á un país del cual no entendia ni aun el idioma... cuando errante en aquella tierra, que no le reconocia por hijo, empezaba á dudar de todo, hasta de Dios mismo, este hombre me tendió sus brazos como si fuera su hermano. Si me veis vivo, á su buen corazon lo debeis... Si he llegado á ser rico... al apoyo que me prestó debo mis riquezas... Todo cuanto me pida, tengo obligacion de darle. Mi fortuna, mi vida le pertenecen. Enrique, Clotilde, suplicadle que os permita estrechar su mano.

ENRIQUE. Caballero... (*Fielding estrecha la mano de Enrique y besa la de Clotilde.*)

SANDOVAL Ahora dejadnos solos. Tenemos que hablar.

CLOTILDE. (*Yéndose por la derecha.*) ¿Por qué temblaré así?

ENRIQUE. (*Yéndose por la izquierda.*) ¿Qué querrá este hombre?

ESCENA VIII.

SANDOVAL, FIELDING.

FIELDING ¡Puede V. estar orgulloso con sus hijos!

SANDOVAL. ¿Verdad que sí? ¿Con que por fin se decidió V. á dar una vuelta por España?

FIELDING. Si hubiera tenido alguna idea del tesoro que aquí me aguardaba, no me hubiera retrasado un solo dia.

SANDOVAL. Ya han pasado quince de aquel en que V. debia haber llegado.

FIELDING. ¿Y V. habrá creido que Ricardo Fielding faltaba á su palabra?

SANDOVAL. No... He creido que algun accidente le habia detenido á V. en el camino.

FIELDING. Pues bien: he visto á Clotilde...

SANDOVAL. (*Suspirando.*) ¿Y?...

FIELDING. Y digo que mi hijo es un bribon con mucha fortuna.

SANDOVAL. (*Tomándole la mano.*) ¿Está V. decidido á llevar á efecto este matrimonio?

FIELDING. Mas que nunca. ¿No le he dicho á V. que he visto á su hija, que es un prodigio de belleza, un tesoro de gracia? ¿Y me pregunta V. si estoy decidido? ¿No quiere V. que desee el momento en que ese ángel me llame su segundo padre? Bien conozco que es mucho honor para mí; pero cuanto mayor es la honra, mas se desea alcanzarla.

SANDOVAL. Puesto que V. está resuelto, se hará.

FIELDING. ¿Se hará? Yo creia que era ya cosa hecha. ¿No ha sido V. el primero que me habló de su hija? ¿No creyó V. encontrar en mi hijo el esposo que á Clotilde convenia?

SANDOVAL. Sí: lo sé, y nada podrá V. decirme que yo á mí mismo no me haya dicho cien veces; pero cuando yo trataba de ese enlace, no estaba allí mi Clotilde; ignoraba el absoluto imperio que una jóven de su edad adquiere sobre su padre. Ahora que la he visto, aun mas hermosa de lo que en mis sueños me la figuraba, mi vida ha encontrado en su presencia el sol de la juventud; mi corazon goza con su vista; me es tan necesaria como el aire que respiro, y por último, amigo mio, conozco que si tuviera que separarme de ella, me moriria.

FIELDING. Afortunadamente yo habia previsto todo eso, y creo que podrán realizarse nuestros proyectos sin arre-

batarle su alegría y su felicidad.

SANDOVAL. ¿Cómo? ¿Rehusaria V.?...

FIELDING. Voy á decir á V. la causa de haberme retrasado estos quince dias. He venido por Liverpool, Londres y París, con el objeto de ponerme de acuerdo con mis corresponsales y establecer una casa de comercio en Madrid. El amor que un padre tiene á su hija no es el mismo, segun parece, que tiene á su hijo. ¿V. no podria separarse de Clotilde?

SANDOVAL. ¡Imposible!

FIELDING. Pues bien: yo me separaré de John. Mi hijo establecerá en Madrid, bajo la vigilancia de V., una casa de comercio, corresponsal de la que yo tengo en Nueva-York, y de este modo no se separará V. de su hija. ¿Está V. contento? ¿Me cree usted digno de ser su amigo?

SANDOVAL. Es V. el hombre mas generoso y honrado que he conocido; pero...

FIELDING. ¿Peros todavía?

SANDOVAL. Tal vez mis temores sean exagerados; sin embargo, V. que es tan bueno, sabrá disculpar el cariño de un padre. ¿No le parece á V. que su hijo es aun demasiado jóven?

FIELDING. Tiene ya veinte y cinco años.

SANDOVAL. Esa es precisamente la edad de las pasiones.

FIELDING. En la casa de Fielding no existen pasiones.

SANDOVAL. Puede haberlas. No creo que estén prohibidas en los estatutos de la sociedad.

FIELDING. ¿Preferiria V. á un anciano?

SANDOVAL. A un anciano... no; pero sí á un hombre de nuestra edad.

FIELDING. ¿Y cree V. que su hija seria de la misma opinion?

SANDOVAL. Ella tiene mucho juicio... y yo supongo... Amigo Fielding, voy á ser franco con V. Cuando pienso que ahora puedo ver á mi hija á todas horas, que no tengo mas que llamar para que venga, que pronunciar su nombre para que corra á mis brazos; que puedo á mi gusto, á mi placer, embriagarme con su presencia; no puedo resignarme á la idea de que llegue un dia en que mi casa no sea la suya, su existencia no sea la mia, mis intereses no sean los suyos... que cuando quiera verla, tenga que llamar á su puerta, que hacerme anunciar por sus criados, y que un hombre tendrá derecho para contar los minutos que paso con ella, y al cabo de una hora, de media, de un cuarto de hora tal vez, decirme... Basta... basta. Conozco que es una insensatez lo que estoy diciendo; pero esa idea me hace daño.

FIELDING. ¿Es decir, que retira V. su palabra?

SANDOVAL. No; pero le quedaria eternamente agradecido si me la devolviese.

FIELDING. No sé bajo el imperio de qué sentimientos me está V. hablando. V. es un hombre de bien y un padre tierno y cariñoso...

SANDOVAL. ¡Fielding!

FIELDING. Déjeme V. acabar. Al hombre le podria recordar que tiene empeñada conmigo su palabra de caballero. Al padre le diré: V. conoce á mi John. Es no solo un jóven agradable en Nueva-York, sino que podria pasar por un cumplido gentleman en Londres, y por un perfecto elegante en Madrid. Si añade V. á esto un talento cultivado, un honrado corazon, y un alma tierna y generosa, no hará V. mas que reconocer en él lo que todos los que le tratan reconocen... ¡Amigo mio! Le doy á V. veinte y cuatro horas para pensarlo.

SANDOVAL. ¡Fielding!

FIELDING. Hasta mañana, Sandoval.

SANDOVAL. ¡Oh! poco á poco. ¡Yo no puedo permitir que viva V. en otra casa que no sea la mia!

FIELDING. V. necesita quedarse en completa libertad con su mujer y sus hijos, y mi presencia le molestaria...

SANDOVAL. ¡Fielding!

FIELDING. Hasta mañana, amigo mio.

ESCENA IX.

SANDOVAL, *solo.*

¡Oh! ¡tiene razon! Es no solo una insensatez, una locura, sino una ingratitud lo que estoy haciendo. La ha visto y ha producido en él el efecto que sobre todo el mundo produce. (*Tira el libro de Cooper y aprieta con rabia los papeles de música.*) ¡Ah! ¡He llegado casi hasta el punto de maldecir su talento!

ESCENA X.

Dicho, ENRIQUE.

ENRIQUE. ¡Padre!

SANDOVAL. ¿Eres tú, Enrique? Me quieres mucho, ¿no es verdad, hijo mio?

ENRIQUE. ¿Lo duda V., padre?

SANDOVAL. No.

ENRIQUE. ¿Qué tiene V.?

SANDOVAL. Nada.

ENRIQUE. Algo nos oculta V. La llegada de ese hombre le ha preocupado... No parece sino que la desgracia ha entrado con él en nuestra casa.

SANDOVAL. Enrique, llama á tu hermana.

ENRIQUE. Ya me figuraba que se trataba de Clotilde.

SANDOVAL. (*Deteniéndole.*) ¡Enrique!

ENRIQUE. ¡Padre!

SANDOVAL. ¡Sabes tú lo que es una palabra empeñada!... Pues bien: yo he empeñado la mia...

ENRIQUE. ¿A ese hombre?

SANDOVAL. ¡Sí!

ENRIQUE. ¡Pero ese hombre tiene lo menos treinta años mas que Clotilde!

SANDOVAL. Su hijo tiene tu edad.

ENRIQUE. Y V., que tanto la quiere...

SANDOVAL. ¡Enrique!

ENRIQUE. V., que dice que se moriria si de ella le separasen...

SANDOVAL. Su hijo viene á establecerse en Madrid.

ENRIQUE. ¡Ah! ¿Entonces no puede V. romper esa union?

SANDOVAL. Quisiera á lo menos encontrar un medio honroso para poder hacerlo.

ENRIQUE. Hay mil.

SANDOVAL. Llama á tu hermana.

ENRIQUE. (*Desde la puerta.*) ¡Clotilde! ¡Clotilde! ¡ven, ven!

ESCENA XI.

Los mismos, CLOTILDE.

ENRIQUE. (*Bajo.*) ¡Clotilde, soy muy desgraciado!

SANDOVAL. Ven acá, hija mia, voy á decirte en dos palabras de lo que se trata.

CLOTILDE. Me asusta V.

SANDOVAL. Estás comprometida sin sospecharlo siquiera. ¡Tengo ofrecida tu mano á mister John Fielding!

CLOTILDE. Ese matrimonio es imposible.

ENRIQUE. ¿Ve V. como yo decia?...

SANDOVAL. (*Vivamente.*) ¿Imposible has dicho? ¿y por qué?

CLOTILDE. Padre mio, yo no... puedo... no quiero casarme.

SANDOVAL. (*Con alegría.*) ¿Amas á alguno?

CLOTILDE. (*Con viveza.*) No... á nadie.

SANDOVAL. Si tú amases, podria decir que no queria causar la desgracia de mi hija. Yo conozco la pureza de tu corazon, y estoy seguro de que aquel á quien tú amaras, seria digno de tí...

ENRIQUE. Ya lo ves, Clotilde. Papá nó quiere saber el nombre del que tú amas, únicamente quiere ganar tiempo...

SANDOVAL. (*Con gozo.*) Eso es, sí: tiempo. Un año de felicidad como el mes que acaba de pasar, y despues podrás casarte con el hombre que tú elijas y á quien ames.

CLOTILDE. Pues bien: esa union es imposible. Es cuanto puedo decir.

SANDOVAL. Imposible. Sí: ya lo sé; pero dime, para que yo pueda decirlo, en qué se funda la imposibilidad. ¡Callas! Comprendo. No soy todavía bastante amigo de mi hija para que ella me confie sus secretos. (*Entra doña Dolores.*) Aquí tienes á tu madre, habla con ella. Amiga mia, quizás seas tú mas dichosa, tal vez tendrá mas confianza en tí y te revele lo que á mí no ha querido confiarme: os recomiendo que no olvideis que Fielding aguarda una respuesta. Ven, Enrique. (*Vanse los dos.*)

ESCENA XII.

DOÑA DOLORES, CLOTILDE.

CLOTILDE. ¡Madre mia! ¡Oh! déjeme V. llamarla madre, quizá por la última vez.

DOLORES. ¿Qué dices, hija mia?

CLOTILDE. Es preciso que me separe de Vds., que los abandone, que parta de aquí...

DOLORES. ¡Partir, cuando éramos tan dichosos!

CLOTILDE. Demasiado dichosos, y por lo mismo no podia durar tanta felicidad! No piensa V. en las dificultades, en las complicaciones que cada dia que llega trae consigo. Afortunadamente hasta ahora el señor de Sandoval se ha aislado en su casa con su mujer y sus hijos; pero esto no puede durar. Vendrán sus amigos, y yo no podré ocultarme siempre á su vista. ¡Hoy... hoy... y esto es mas grave, ha ofrecido mi mano; me propone un matrimonio; fundan en mí la alianza y el porvenir de dos familias! ¡Ah! ¡yo no puedo mas! Vivo siempre aquí en una falsa posicion, y me aterra adónde podemos ir á parar.

DOLORES. Tienes razon, hija; pero ¿qué podemos hacer ahora? Nosotros debimos haberle dicho la verdad en cuanto llegó. Quizás con la ausencia momentánea estaria mas preparado para la eterna. Pero la herida que entonces no nos atrevimos á hacerle, hoy, que te ha visto, que te ama, que has llegado á serle necesaria para su existencia, hoy esa herida seria mortal.

CLOTILDE. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

DOLORES. ¿Quiere casarte? En cuanto le digas tú que ese matrimonio te haria desgraciada, renunciará á su proyecto. Luego le dices que quieres viajar, y consentirá en ello. Iremos á Italia, á Francia, á Inglaterra, á cualquiera parte, con tal que la felicidad que contigo ha entrado en casa no salga de ella.

CLOTILDE. ¡Enrique me ama... me ama!

DOLORES. ¿Crees que no he visto yo nacer, desarrollarse ese amor? ¿Has podido figurarte que se escaparia á la penetracion de una madre?

CLOTILDE. ¡Señora! En el nombre del cielo, permítame V. que me aleje; no consienta V. que estemos por mas tiempo juntos bajo el mismo techo, en la misma casa.

DOLORES. ¿Qué importa que te ame? ¿Qué importa que yo dude de él, si no dudo de ti?

CLOTILDE. ¡Señora! ¡señora!

DOLORES. Tú estás segura de ti misma; no le amas á él, ni á nadie.

CLOTILDE. ¡Ah! una madre adivina el secreto del corazon de un hijo; pero su penetracion no alcanza mas allá. Oiga V., pero muy bajo, muy bajo, tan bajo que desearia que no me oyera ni aun mi propio corazon. ¡Madre mia!... ¡yo amo á Enrique! (*Movimiento de doña Dolores.*) ¡Sí, le amo con toda mi alma! Ya ve V. que es preciso que uno de los dos parta, y puesto que yo soy la estraña, á mí me corresponde.

DOLORES. ¡Sandoval!

ESCENA XIII.

Dichas, SANDOVAL.

SANDOVAL. Y bien, Dolores, ¿qué dice nuestra hija?

DOLORES. Amigo mio, me ha dicho... que puesto que tú la dejas en libertad de seguir su inclinacion, rehusaba ese matrimonio.

SANDOVAL. Desgraciadamente la cuestion no es tan sencilla como todo eso: mi palabra está comprometida, y para retirarla necesito dar alguna razon.

DOLORES. Yo crèo... que Clotilde... ama...

SANDOVAL. Yo se lo he preguntado, y me ha dicho que no.

DOLORES. A tí no se habrá atrevido...

SANDOVAL. ¡Clotilde!

CLOTILDE. ¡Padre mio!

SANDOVAL. ¡Acércate! ¿Por qué no me has confesado?...

CLOTILDE. ¿El qué?

SANDOVAL. Que tu corazon no era libre. Vamos, sé tambien franca conmigo. ¿Cuál es el nombre del que amas?

CLOTILDE. Mi madre ha dicho eso, porque sabe la tristeza... la pena que á V. le causa...

SANDOVAL. Comprendo. ¿No era verdad? ¿Habeis querido ayudarme con una mentira? ¡Ea! seamos fuertes. Como caballero he comprometido mi palabra, y como caballero debo cumplirla. (*Se sienta delante de una mesa, suspira, se pasa la mano por la frente como haciendo un esfuerzo violento y se pone á escribir.*)

DOLORES. (*Acercándose con algun temor á su marido.*) Conozco que este no es momento á propósito para hablarte.

SANDOVAL. ¿De qué, amiga mia?

DOLORES. ¡Si me quisieras escuchar!...

SANDOVAL. Con mucho gusto. Habla.

DOLORES. Iba á decirte, que á pesar de tu ternura por tus hijos, es preciso que te separes de uno de ellos.

SANDOVAL. ¿De cuál?

DOLORES. De Enrique.

SANDOVAL. ¿Y por qué?

DOLORES. Porque hace mucho tiempo que Enrique desea hacer un viaje á Italia como artista.

SANDOVAL. ¿Y por qué nada me habeis dicho hasta ahora, en un mes que hace que estoy aquí?
DOLORES. Temia afligirte...
SANDOVAL. (*Despues de mirar á su mujer y á Clotilde.*) Dentro de unos dias partirá.
DOLORES. Yo creo que seria mejor mañana, hoy mismo.
SANDOVAL. ¿Eh? Ahora hablaremos. (*Se pone otra vez á escribir.*)

ESCENA XIV.

Dichos, ENRIQUE.

ENRIQUE. ¿Qué hace mi padre?
DOLORES. Ya lo ves.
ENRIQUE. ¿A quién escribe?
CLOTILDE. ¡Enrique!... ¡Enrique!... (*Sin poder contener un grito de dolor.*)
ENRIQUE. ¿A quién escribe V., padre mio?
SANDOVAL. ¡A Ricardo Fielding!
ENRIQUE. ¿Y qué le dice V. en esa carta?
SANDOVAL. Que estoy pronto á cumplirle mi palabra.
ENRIQUE. (*Con viveza.*) ¡Padre!
DOLORES. (*Deteniéndole.*) ¡Hijo mio!
ENRIQUE. (*Bajo.*) Pero ¿no ve V. que dentro de diez minutos ya no será tiempo?
CLOTILDE. Señora, ¡por favor! dígale V. la verdad.
ENRIQUE. (*Bajo.*) No... yo...
DOLORES. (*Id.*) Detente, Enrique. A la madre, á la esposa le corresponde darle la triste nueva.
ENRIQUE. ¡Entonces!... (*Momentos de duda entre los tres.*)
DOLORES. (*Adelantándose.*) ¡Amigo mio!
SANDOVAL. ¿Qué?
DOLORES. Antes de que acabes esa carta quisiera hablarte un momento...
SANDOVAL. ¿Qué tienes? ¿Por qué estás tan conmovida?
DOLORES. Es que ha llegado el caso de decirte...
SANDOVAL. ¡Habla!
DOLORES. Amigo mio, en el momento en que uno cree ser mas dichoso, en que se le figura que su felicidad está mas asegurada...
SANDOVAL. ¡Acaba! ¡Me haces temblar!

ESCENA XV.

Los mismos, el CRIADO.

CRIADO. ¡Mister Ricardo Fielding! (*Vase.*)
SANDOVAL. ¡Ya!

ESCENA XVI.

Dichos, FIELDING.

FIELDING. Dispénseme V., mi querido Sandoval... ¿V. no esperaba verme tan pronto? Pues es el caso que al salir de aquí me pasé por casa de mi corresponsal... (*Saluda á doña Dolores*) ¡Señora!...
SANDOVAL. Y...
FIELDING. Y en ella he hallado...
SANDOVAL. ¿Qué ha hallado V.?
FIELDING. Una carta de mi señor hijo.
SANDOVAL. Muy bien. ¿Y?...
FIELDING. No muy bien.
SANDOVAL. No comprendo.
FIELDING. Esta mañana me pedia V. que le devolviese su palabra: pues bien, amigo mio, se la devuelvo.
SANDOVAL. ¡Fielding!
CLOTILDE. (*Aparte, con alegría.*) ¡Ah!
ENRIQUE. (*Aparte lo mismo.*) ¡Gracias, Dios mio!
DOLORES. (*Aparte y tambien con alegría.*) ¡Y nada he tenido que revelarle! ¡Oh! ¡Qué felicidad!
FIELDING. John se ha aprovechado de mi ausencia para casarse con una jóven, de la que estaba enamorado, y me escribe dándome parte de su matrimonio.
ENRIQUE. (*Bajo.*) ¿Oyes, Clotilde, oyes?
CLOTILDE. (*Id.*) ¡Caballero!
DOLORES. (*A Enrique.*) ¡Ten cuidado! ¡Está mirando tu padre!
FIELDING. Ya ve V., amigo mio, que no ha sido V. quien ha faltado á su palabra, sino yo. Pero... pero... espere V. John ha comprometido la casa de Fielding faltando á su palabra, y la casa de Fielding nunca ha faltado á ella. Amigo mio, yo estableceré la casa de comercio en Madrid, yo cumpliré el compromiso de mi hijo; yo me casaré con la señorita Clotilde de Sandoval.
CLOTILDE. (*Aparte.*) ¡Gran Dios!
ENRIQUE. (*Id.*) ¡Ah!
FIELDING. Antes me dijo V. que estaria mas tranquilo si su hija se casara con un hombre de nuestra edad. (*Volviéndose á Clotilde.*) Señorita, tengo cuarenta y ocho años... un nombre honradamente conocido en todas partes... la reconozco un millon de dote... ¿Me quiere V. por marido?
ENRIQUE. (*Con ironía.*) ¿A V., caballero?
SANDOVAL. ¡Enrique!
FIELDING. A mí; sí, señor.
ENRIQUE. ¡Clotilde!
CLOTILDE. ¡Padre mio!
SANDOVAL. Te dejo en absoluta libertad para que tú decidas.
FIELDING. ¿Con que, señorita?...
CLOTILDE. Pronto sabrá V. mi respuesta.
ENRIQUE. (*Bajo á Clotilde.*) ¡Oh! rechace V. la mano de ese hombre. ¡Rechácela V.!
SANDOVAL. (*Que ha sorprendido las últimas palabras de Enrique.*) ¡Qué misterio encierran sus palabras!
CLOTILDE. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡se ha perdido todo! (*Doña Dolores se deja caer en un sillon; Enrique se separa al ver á su padre; Sandoval queda pensativo; Clotilde se sienta en una butaca y apoya la cabeza entre las manos; Fielding se va, y cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

Otra decoracion de sala, distinta de los actos anteriores.

ESCENA I.

CLOTILDE; *un* CRIADO, *entrando.*

CRIADO. (*Anunciando.*) Mister Ricardo Fielding.
CLOTILDE. Que entre.

ESCENA II.

CLOTILDE, FIELDING.

FIELDING. (*Saludando.*) Señorita...
CLOTILDE. Siéntese V., porque tengo muchas cosas que decirle.

FIELDING. (*Sentándose.*) Tanto mejor. La conversacion de V. me agrada estraordinariamente.

CLOTILDE. Señor Fielding, escúcheme V. Sandoval habia prometido la mano de su hija al señor Fielding; pero desde el momento en que su hijo ha roto...

FIELDING. Sandoval está libre de su compromiso conmigo, lo conozco.

CLOTILDE. Entonces me ha hecho V. el honor de pedir mi mano. No estando encadenada por la palabra de mi padre, yo hubiera podido sin herir en nada su susceptibilidad de V., yo hubiera podido responderle que queria conservar todavia mi libertad; pero estoy delante del señor Ricardo Fielding, delante del hombre al cual Sandoval debe la fortuna, la vida tal vez. No es una negativa, aunque envuelta en politica, lo que es preciso dirigir al señor de Fielding, sino que conviene darle una razon talmente grave, talmente imposible, que el señor Fielding, sintiendo tal vez ver sus deseos rechazados, sea dichoso al admirar la estimacion y la profunda confianza que en él se tiene. Voy á hablar á V., caballero, con la conviccion de que hablo á un hombre honrado. ¿Se compromete V. á guardar el mayor secreto?

ELDING. Mi palabra de honor, señorita.

OTILDE. Caballero, yo no soy la hija del señor de Sandoval.

ELDING. ¡Que no es V. la hija de Sandoval!...

OTILDE. No: déjeme V. que se lo diga todo. Tres dias antes de la llegada de Sandoval á su pais, su hija habia muerto.

ELDING. ¡Su hija!

OTILDE. Una hora antes que desembarcase, me presenté yo en casa de su esposa con una carta de recomendacion. Sandoval adoraba á su hija; yo tenia con corta diferencia la edad que ella debia tener; llevaba su mismo nombre; y cuando Sandoval llamó á Clotilde, yo entré como si la mano de Dios me empujase. Doña Dolores y su hijo, espantados del dolor que iba á causarle la pérdida de aquella ilusion, me hicieron señas de no decir nada. Me dejé llamar desde entonces hija suya; pero este papel que desempeño delante de Sandoval para escusarle un dolor horrible, no puedo continuarle enfrente de V., ante la justicia, á la faz de la iglesia. Este nombre que no me pertenece, seria ante V. un robo, ante la justicia una falsificacion, ante la iglesia un sacrilegio.

DING. ¡Oh! ya comprendo.

TILDE. Entonces me he dicho: «No hay mas que un medio de conciliarlo todo; la franqueza: no hay mas que un hombre á quien se pueda confesar este secreto; es... al señor Fielding: no hay mas que una persona que pueda decirselo... es la que lo pierde todo al confesarlo.

DING. (*Levantándose.*) ¿Con que V. no es la hija de Sandoval?

ILDE. No, señor.

DING. ¿En el momento de su llegada, V. venia por primera vez y por casualidad á su casa?...

ILDE. Para solicitar el empleo de aya ó maestra de la jóven que acababa de morir.

DING. ¿V. es pobre, y no depende de ninguna voluntad ajena?

ILDE. Tengo esa desgracia.

DING. ¿V. tiene su misma edad?

CLOTILDE. Diez y ocho años, caballero.

FIELDING. ¿El mismo nombre?

CLOTILDE. Clotilde.

FIELDING. ¿Solamente que en vez de llamarse Clotilde de Sandoval, se llama usted?...

CLOTILDE. Clotilde Alvarez.

FIELDING. Y bien, señorita Clotilde, tengo cuarenta y ocho años, tres millones de fortuna, un nombre sin tacha en Europa y en América: señorita Clotilde, ¿quiere V. hacerme el honor de ser mi esposa?

CLOTILDE. ¿Cómo, caballero?

FIELDING. El correo sale dentro de dos horas; yo la doy á V. una para reflexionar; diga V. no, y me vuelvo á América; diga V. si, y me quedo en España.

CLOTILDE. Pero yo...

FIELDING. (*Saludando.*) Dentro de una hora volveré á saber por V. misma su respuesta. (*Vase.*)

ESCENA III.

CLOTILDE, *luego* ENRIQUE.

CLOTILDE. ¡Dios mio! ¡Dios mio!

ENRIQUE. (*Saliendo.*) ¡Clotilde!

CLOTILDE. ¿Es V., Enrique?

ENRIQUE. Esperaba á que él se marchase. ¿Qué le ha dicho V.?

CLOTILDE. Todo lo que debia decirle; pero ha insistido tanto en casarse con Clotilde Alvarez, como habia insistido antes en ofrecer su mano á Clotilde de Sandoval.

ENRIQUE. ¿Y V. le ha respondido?...

CLOTILDE. Se ha marchado sin esperar mi respuesta, dándome una hora para reflexionar.

ENRIQUE. ¿Y qué piensa V. hacer?

CLOTILDE. ¿Lo sé yo misma? ¿No he hecho ya todo lo que he podido?

ENRIQUE. ¡Oh! ese hombre con su inmensa fortuna...

CLOTILDE. Enrique, V. iba á insultarme, y á Dios gracias, yo no le he dado semejante derecho. Me ha dado una hora de término, y es mas de lo que se necesita para que yo parta sin que nadie, ni V. mismo, sepa dónde me dirijo.

ENRIQUE. ¡Oh! V. sabe bien que su marcha es imposible.

CLOTILDE. Es sin embargo mas imposible que permanezca aquí.

ENRIQUE. ¿Prefiere V. entonces causar mi desesperacion y la de mi padre, á decir á un estraño que V. no le ama y que no puede casarse con él?

CLOTILDE. Hay con ciertas personas, y en ciertas circunstancias, cosas bien dificiles de decir, caballero.

ENRIQUE. Dígale V. que V. me ama, Clotilde.

CLOTILDE. ¿Se lo he dicho yo á V. mismo nunca?

ENRIQUE. Aunque fuera preciso mentir para ello, dígaselo V.: yo se lo suplico.

CLOTILDE. Enrique, ya se lo he dicho á V. muchas veces: deje V. que me aparte de su lado, deje V. que me vaya.

ENRIQUE. No; yo seré el que parta, el que se destierre; yo no volveré sino á una señal, á una palabra suya; saldré de esta casa, Clotilde; pero antes dígame V. que me ama, con ese acento que saliendo de su corazon, no deje duda alguna en el mio. Clotilde, en nombre del cielo, arrodillado delante de V. se lo suplico con toda mi alma.

CLOTILDE. (*Aparte.*) ¡Sandoval!

ENRIQUE. (*Id.*) ¡Mi padre!

ESCENA IV.

Dichos, SANDOVAL.

SANDOVAL. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¡á los piés de Clotilde! ¡No eran vanos mis temores! (*Alto.*) ¿Qué haces ahí, Enrique, á los piés de tu hermana?

ENRIQUE. La decia que no nos abandonara, la decia que su ausencia causaria la desesperacion de todos.

SANDOVAL. Gracias, Enrique: lo que tú has hecho es propio de un buen hijo. Déjame solo con Clotilde.

ENRIQUE. Padre mio, V. la hablará en ese sentido, ¿no es cierto? V. obtendrá de ella que no se una á ese estraño, que de un momento á otro puede olvidar su promesa y llevarla á América.

SANDOVAL. Tranquilízate, Enrique; Clotilde no se casará nunca mas que á su gusto, y yo sé que como hija virtuosa no se apartará nunca de mí, sino con mi consentimiento. ¿No es cierto, Clotilde?

CLOTILDE. Padre mio...

SANDOVAL. (*Imperiosamente.*) Déjanos, Enrique.

ESCENA V.

CLOTILDE, SANDOVAL.

SANDOVAL. Hija mia, escucha lo que tengo que decirte, porque es grave y triste á la vez.

CLOTILDE. Escucho.

SANDOVAL. Fielding te ha hablado...

CLOTILDE. Sí, padre mio.

SANDOVAL. Lo sé: le he visto. No diré que le creo enamorado de tí, Clotilde; pero creo que te estima y te aprecia mucho.

CLOTILDE Yo no le he prometido nada, padre mio.

SANDOVAL. Me ha dicho que si tú le respondieses, no se marcharia dentro de una hora.

CLOTILDE. Es cierto.

SANDOVAL. ¿Me quieres mucho?

CLOTILDE. ¿Y quién no ha de querer á V., tan bueno y tan honrado?

SANDOVAL. ¿Llegará ese amor hasta hacer un sacrificio por mí, por mi tranquilidad?

CLOTILDE. Este amor llegará hasta donde V. lo exija.

SANDOVAL. ¡Escucha, hija mia, y graba en tu corazon mis palabras! ¡No voy á darte una órden, sino á dirigirte una súplica!

CLOTILDE. (*Aparte.*) ¿Qué va á decirme?

SANDOVAL. Si tú no sientes por Fielding una de esas repugnancias invencibles...

CLOTILDE. Padre...

SANDOVAL. Le conozco, y tiene el corazon mas noble y el alma mas generosa de la tierra.

CLOTILDE. Pero ¡V. quiere que me separe de todos!

SANDOVAL. Será una grave desgracia, sin duda, que echará por tierra todos los sueños de mi vejez; pero ¿qué quieres? ¡Tú opinarás lo mismo cuando hayas recorrido la escala de los años! Casi siempre hace el hombre á ciegas el plan de su vida futura; las horas ruedan, el porvenir soñado se hace presente, y el hombre se apercibe que allí donde habia visto su felicidad, le aguarda á veces el mayor desengaño. Clotilde, si tú, como yo deseo hoy, llegas á ser esposa de Fielding, no resistas su deseo de llevarte léjos de España; el adios que yo te dé antes de partir, antes de separarme de tí, quizá para siempre, habiéndote visto tan poco, será el adios de la resignacion. ¡Yo te habia visto en sueños como la representacion viva de mi esperanza y mi felicidad! ¡Dios no lo queria sin duda!

CLOTILDE. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

SANDOVAL. Tú darás tu mano á Fielding, ¿no es cierto?

CLOTILDE. Padre...

SANDOVAL. Si quiere llevarte á América, ¿tú le seguirás?

CLOTILDE. ¡Padre mio!

SANDOVAL. Y si él no te lo propone, ¿se lo propondrás tú misma?

CLOTILDE. ¡Oh!

SANDOVAL Tú lo harás, ¿no es cierto, hija de mi alma? He empezado por decirte que no mandaba, sino que suplicaba. Y bien, tú cederás á mi súplica. Y cuando tu padre te diga en nombre de este amor inmenso, inalterable, infinito, que prueba que el alma es hija de Dios puesto que puede como Dios amar con un amor eterno «Ama á un estraño; sigue á ese estraño al fin del mundo; huye, sepárate de mi, vete,» tú partirás, ¿no es cierto? Yo en cambio, cuando sienta que mi última hora se acerca, ya que no he podido vivir á tu lado, lo dejaré todo para ir á morir al lado tuyo. ¡Tu palabra, hija mia, tu palabra!

CLOTILDE. ¡Todo lo que V. quiera, padre mio! Mande V., yo obedeceré.

SANDOVAL. ¡Gracias! ¡Gracias!

CLOTILDE. (*Aparte.*) ¡Pobre Enrique! (*Vase.*)

ESCENA VI.

SANDOVAL, ENRIQUE.

SANDOVAL. ¡Vamos! ¡El sacrificio está consumado! ¡Valor! ¡valor! ¡Dios mio, tú que quieres esta separacion, envíame las fuerzas que necesito!

ENRIQUE. ¡Padre mio!

SANDOVAL. (*Aparte.*) ¡Es él!

ENRIQUE. ¡Padre mio!

SANDOVAL. ¿Ahí estás, Enrique?

ENRIQUE. Clotilde sale de aquí llorando: ¿qué la ha dicho V.? ¿qué ha exigido de ella?

SANDOVAL. La he decidido á casarse con Fielding y á partir con él.

ENRIQUE. ¿A partir con él?

SANDOVAL. Sí.

ENRIQUE. ¡Imposible, padre mio!

SANDOVAL. ¿Y por qué es imposible?

ENRIQUE. Mi silencio es una prueba de que le amo á V. mas que á mí mismo... pero ¡eso no puede ser! ¿Clotilde salir de España, separarse de nosotros?...

SANDOVAL. ¿No ha dicho Dios á la mujer: «Abandonará tu padre, á tu madre y á tu patria para seguir á tu esposo?»

ENRIQUE. ¡V. decia que separarse de uno de nosotros sea su muerte!

SANDOVAL. ¡Sí, lo he dicho!

ENRIQUE. Pero ¿V. no ama á mi hermana?

SANDOVAL. ¿Y no conoce el insensato que es un sacrilegio decir á un padre que no ama á su hija? Tú mismo, que hablas así, ¿amas á tu padre?

ENRIQUE. ¡Padre mio, si yo pudiese hablar, seria dicho y V. desgraciado! ¡No me acuse mi padre si con su felicidad se labra mi desgracia!

SANDOVAL. Esplícate.

ENRIQUE. No puedo, para callar necesito alejarme, y para alejarme no puedo salir de aquí sin su bendicion.

SANDOVAL. ¿La mereces acaso?

ESCENA VII.

Dichos, DOÑA DOLORES, CLOTILDE.

ENRIQUE. ¡Madre mia, venga V. á mi socorro!

DOLORES. ¿Qué sucede?

SANDOVAL. ¡Sucede que Dios prueba á veces á los hombres mas fuertes con luchas horribles! ¡Sucede que yo he perdido mi dicha donde creia encontrarla: que yo pedia como un insensato encontrar á mi vuelta á todos los séres que me son caros llenos de vida y de contento; y sucede que, antes de ver lo que veo, antes de adivinar lo que adivino, antes de sentir lo que siento, quisiera mil veces que mi hija hubiese muerto.

ENRIQUE *y* DOÑA DOLORES. ¡Oh!

ESCENA VIII.

Dichos, *el* MARMOLISTA, *un* CRIADO.

IADO. Ese es el señor de Sandoval. (*Se retira.*)

RMOLISTA. Perdone V., caballero.

RIQUE. (*Aparte á doña Dolores.*) ¡Madre mia, ese hombre!...

DOLORES. (*Id.*) ¡Espera, hijo mio! ¡La mano de Dios está en todo esto!

MARMOLISTA. ¿Es al señor de Sandoval á quien tengo el honor de hablar?

SANDOVAL. Yo soy. (*El marmolista le presenta un papel, que Sandoval toma y lee: durante este silencio, Enrique dice en voz baja dos palabras al marmolista, que se retira.*) «Por haber hecho una lápida mortuoria y grabado en ella sesenta y una letras, que componen la inscripcion siguiente: Clotilde de Sandoval, muerta á los diez y seis años, en dos de setiembre de mil ochocientos cincuenta y ocho. R. I. P.» ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Qué velo se descorre ante mí! ¡Enrique! ¡Hijo mio! ¡Dolores! Esta desgracia...

DOLORES. Nos hirió cuando esperábamos tu vuelta.

SANDOVAL. Pero ¿por qué me ocultasteis?...

DOLORES. No sabíamos cómo decirte la horrible pérdida que habíamos sufrido. La casualidad, ó mas bien Dios mismo, llevó esta jóven á nuestra casa; en ella se hallaba por primera vez cuando tú...

SANDOVAL. ¡Oh! ¡Comprendo! (*A Clotilde.*) Pero tú ¿quién eres?

CLOTILDE. Yo soy siempre su hija.

ENRIQUE. Solo, padre mio, que no es mi hermana.

SANDOVAL. ¡Dios mio! ¡Dios! ¡Qué bueno eres, y qué grande y qué misericordioso! Tú tienes un ángel mas en el cielo, y en su lugar tú das una hija al padre y una esposa al hijo! ¡Hijos mios! ¡Hijos de mi alma! ¡Recemos por ella!

FIN.

Aprobada por la censura, puede representarse.

CADA OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGAS 49 Y 50.

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO.

CADA ENTREGA UN REAL.
UNA Ó DOS SEMANALES.

EL DIPLOMÁTICO

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESCRITA EN FRANCÉS

POR

MM. E. SCRIBE Y G. DELAVIGNE.

(Traduccion de A. Rodriguez.)

PERSONAJES.

EL GRAN DUQUE
EL PRINCIPE RODOLFO.
EL CONDE DEL DOURO, embajador de Portugal.
EL BARON DE SALDORF, embajador de Sajonia.
CHAVIGNI, embajador de Francia.
EL SEÑOR DE RHINFELD, secretario principal del príncipe Rodolfo.
HERMAN, criado de la Marquesa de Surville
LA MARQUESA DE SURVILLE.
ISABEL, hija del Conde del Douro.

La escena tiene lugar en un principado de Alemania: el primer acto en una quinta de la marquesa de Surville; el segundo en el palacio del gran duque.

(Este arreglo es propiedad de los editores.)

ACTO PRIMERO.

El teatro figura un salon de una quinta muy elegante, con jardines en el fondo. A derecha é izquierda puertas laterales que conducen á las habitaciones

ESCENA PRIMERA.

El príncipe RODOLFO *y la* MARQUESA DE SURVILLE, *saliendo de la habitacion de la derecha del actor.*

MARQUESA. Parte, amigo mio, hace ya rato que ha amanecido.

RODOLFO. Espera un momento; ès tan temprano y ya me despides... Siempre eres tú la primera que me dices adi

MARQUESA. ¡Qué mal haces en hablar así!... Me cuesta tanto trabajo tener valor, que si me lo echas en ca se me va á concluir... te lo advierto.

RODOLFO. ¡Querida Elisa!

MARQUESA. Vete, Rodolfo, te lo suplico. En palacio esta con cuidado; (*Bajando los ojos.*) y si alguno á estas ras encontrase á V. A...

RODOLFO. ¡Cuánto me gusta ese respeto! Pero tranquzate, mi Alteza nada tiene que temer. Si me viesen lir de esta quinta, ¿quién podria sospechar que me llaba en la amable compañía de mi esposa?

MARQUESA. Nadie está obligado á saber que estamos ca

dos... y si lo supiesen, seria peor aun; sobre todo cuando se tiene la desgracia, como tú, de ser sobrino de un gran duque, de un soberano, de un príncipe aleman, que no transige con las alianzas desiguales. En vano podrias decirle que cuando me ofreciste tu mano aun existia su hijo, y que por consiguiente no podias presumir que llegarias algun dia á ser heredero de un trono; en vano le repetirias que hace cinco años que me amas, que me adoras... Semejantes razones, que yo he hallado escelentes, no tendrian igual poder ante tu tio: se anularia entonces nuestro casamiento, y te ruego que me digas si esto seria justo, amigo mio.

RODOLFO. No; porque ese poder, esos honores que me esperan, no los quiero, no los deseo mas que para ti. No temas que nos separen jamás.

MARQUESA. Debo confesarte que en este momento abrigo alguna esperanza.

RODOLFO. ¿Será posible? Habla pronto.

MARQUESA. Ya es demasiado tarde. Vuelve á palacio.

RODOLFO. ¡Si no me esperan allí! Esta mañana hay una partida de caza en estos alrededores, y tengo que ir á unirme al gran duque: por lo tanto, aun me quedan algunos instantes, y podemos hablar de nuestros asuntos, pues á eso solo vengo.

MARQUESA. ¿Y precisamente te acuerdas en el momento de partir?

RODOLFO. ¿Quien tiene la culpa? Habla pronto.

MARQUESA. Ya te acordarás que hace algunos años, cuando fuiste á Francia con tu ayo...

RODOLFO. Sí, para estudiar.

MARQUESA. Y que me hacias la córte... yo era entonces dama de honor de la mejor de las princesas. No te haré su elogio, porque iriamos demasiado léjos... además, nada nuevo te diria, puesto que la conoces. Pues bien, amigo mio, á ella únicamente impuse en el secreto de mi casamiento: despues, aunque separada de ella, he continuado confiándole mis inquietudes, mis temores para el porvenir; y para que juzgues si tengo razon en contar con su amistad, sabe que en este instante trabaja en nuestro favor.

RODOLFO. ¡Será posible!

MARQUESA. En su última carta me espresó que de allí á algunos dias llegaria alguno de la córte de Francia en quien podriamos depositar nuestra confianza; persona en estremo hábil y que, sin mision alguna aparente, vendrá encargado en secreto de preparar al gran duque para nuestro enlace, inclinandole por todos los medios posibles á que dé su consentimiento.

RODOLFO. ¡Ah! ¡Esa es mi única esperanza! Nunca llegará mas á tiempo su proteccion, porque si supieses el apuro en que me encuentro...

MARQUESA. ¿Cuál es?... Acaba, te lo suplico... Mi corazon no conoce ni la desconfianza, ni los celos... pero ¿qué retrato era el que ocultastes ayer á mi llegada?

RODOLFO. ¡Cómo! ¿vistes quizá?

MARQUESA. Sí, y no me atrevi á hablarte de ello.

RODOLFO. Ni yo tampoco, porque ese retrato... eso al fin no seria nada... Pero si supieses... Ten entendido que son dos.

MARQUESA. ¿Qué dices?

RODOLFO. Silencio... alguien llega.

MARQUESA. Nada temas: es uno de nuestros criados, Herman, que nos es tan adicto...

678697

ESCENA II.

Los mismos; HERMAN.

HERMAN. Una carta para la señora marquesa: aguardan la respuesta.

RODOLFO. ¿Qué es eso?

MARQUESA. (*Dándosela.*) Vedlo vos mismo.

RODOLFO. (*Leyendo.*) «Un antiguo amigo que llega de Francia, pide permiso á la señora marquesa de Surville para ofrecerle sus respetos. Tiene noticias que darle de París y de los amigos que allí ha dejado; pero no se atreve á presentarse esta mañana en la quinta sin su permiso. —Firmado, el caballero de Chavigni.»

MARQUESA. ¡El caballero de Chavigni! Está al servicio de la princesa y viene de su parte... es el que esperamos. (*A Herman.*) Que venga esta misma mañana, lo mas temprano que le sea posible.

HERMAN. Está bien, señora.

RODOLFO. Un momento, Herman.

HERMAN. Estoy á vuestras órdenes, príncipe.

RODOLFO. ¿No seria mejor citarle á palacio? Porque es absolutamente preciso que yo hable con él de un asunto importante que vos ignorais...

MARQUESA. ¡Para palacio! ¡qué idea! No perdais de vista que viene aquí en secreto á entenderse con vos, antes de hablar al gran duque... Además, ¿no teneis presente que se espian todos vuestros pasos?

RODOLFO. Teneis razon; seria una imprudencia. Estudiaré otro medio... Adios, os dejo... ¿Cuándo podré volver á veros?

MARQUESA. Lo ignoro.

RODOLFO. ¿Cómo me lo hareis saber?

MARQUESA. Eso dependerá de vos.

RODOLFO. ¿Cómo se entiende?

MARQUESA. (*Bajando los ojos.*) Esos dos retratos de que hablábamos hace un instante...

RODOLFO. ¿Y qué?...

MARQUESA. Que podeis volver... el dia que me sean entregados.

RODOLFO. (*Vivamente.*) Pues los tendreis hoy mismo.

MARQUESA. ¿De veras? ¡Adios, adios, marchad pronto! Herman, seguid á S. A. y examinad si algo se opone á su partida.

HERMAN. Monseñor tendrá necesidad de salir por la puerta del parque, porque por este lado hay gente.

MARQUESA. ¡Ya! ¿y quién es?

HERMAN. Un caballero de cierta edad, con su hija... el conde del Douro.

RODOLFO. ¡El embajador portugués!

MARQUESA. ¿Cuándo ha llegado?

RODOLFO. Ayer tarde. ¿Le conoceis?

MARQUESA. Le he recibido algunas veces en París. Tened cuidado que no os vea, porque es tan diestro y tan sutil, que no tardaria en adivinar nuestro secreto.

RODOLFO. Nada temais... Herman, hacedle entrar... Entre tanto atravesaré yo el parque... Adios, amor mio.

MARQUESA. Hasta la noche.

RODOLFO. Antes, si me es posible.

ESCENA III.

La MARQUESA, *el* CONDE DEL DOURO, ISABEL, HERMAN.

HERMAN. (*Anunciando.*) El señor conde del Douro y doña

Isabel. (*Vase. El conde del Douro y doña Isabel entran por la puerta de la derecha.*)

Marquesa. ¡Qué agradable sorpresa! ¡Cómo, señor conde, vos en este país!

Conde. Sí, señora, un viaje de recreo; he traido conmigo á mi hija, que no habia visto la Alemania, y tengo el honor de presentárosla. He querido consagraros nuestra primera visita, pues acabamos de bajar del coche en este momento.

Isabel. Es decir, ayer noche, papá.

Conde. Despues de las doce, lo que equivale á hoy mismo. Ya voy conociendo que el viaje me sienta perfectamente.

Isabel. ¡Cal si estabais tan inquieto... informándoos á cada paso de si el baron de Saldorf, el embajador de Sajonia, nos habia precedido... ¡Eh! ¿qué importa llegar una hora mas temprano ó mas tarde?

Conde. ¡Isabel!

Isabel. ¡Ay Dios mio! Qué, ¿he hecho mal en decir eso? ¿os incomoda?

Conde. ¿A mí? de ningun modo.

Isabel. No os enfadeis, que no hablaré mas de este dichoso viaje; con tanto mayor motivo, cuanto espero resarcirme aquí de sus molestias.

Marquesa. No me atrevo á prometéroslo. Aquí todo el mundo está grave y hay pocos placeres, pocas fiestas.

Isabel. No faltarán, al menos así lo creo; pues aunque mi papá no me dice nunca una palabra, me previno que me trajese mis vestidos de baile: ya sabeis lo que significa un vestido de baile... yo lo he comprendido en seguida. Aun mas: ha tenido la complacencia (porque, á escepcion de hablar, mi papá no me niega nada), ha tenido la bondad de encargar para mi un manto de córte magnífico.

Conde. ¡Yo!

Isabel. Ya sabeis... como los que llevaban las damas de honor en el casamiento de nuestra soberana...

Marquesa. ¡Cielos!

Isabel. Quizá sea para alguna ceremonia de este género.

Conde. (*Vivamente.*) ¡Isabel!

Isabel. ¡Ay Dios mio! ¿Tambien he hecho mal en decir eso? No os incomodeis; no hablaré jamás de trajes de córte, de bailes, ni de casamientos.

Marquesa. (*Afectando una sonrisa.*) Al contrario, hablemos de eso. ¡Cómo, conde, no me habeis advertido nada, vos, un antiguo amigo! No lo esperaba de vos, porque al fin, como francesa, tengo una reputacion que sostener; no parece bien dejarse eclipsar por las damas de la córte. Hablad, hablad, caballero; mi interés os responde de mi discrecion.

Conde. Siento que el atolondramiento de mi hija me haya privado del mérito de una confidencia que tenia intencion de haceros. Teniendo en cuenta el crédito y el aprecio de que gozais, no pondreis en duda que tenia yo necesidad de reclamar vuestra eficaz cooperacion.

Marquesa. Es verdad. Sin embargo, somos las mujeres tan poco consecuentes en nuestras ideas; comprendemos tan poco los graves intereses que os preocupan... Empezando por mí, si me hablais de otra cosa que de las últimas modas, no entiendo una palabra.

Isabel. Como yo; así es que mi papá nunca quiere confiarme nada.

Conde. Me parece que no voy muy descaminado. Hoy, no obstante, y como una escepcion, quiero decirtelo todo... y mas que nunca conocerás la necesidad de guardar silencio. Se trata del matrimonio de una princesa de nuestra casa con el príncipe Rodolfo...

Marquesa. (*Aparte.*) ¡Cielos! (*Alto.*) Parece que se presentan algunos obstáculos...

Conde. Importantes.

Marquesa. (*Aparte.*) Respiro.

Conde. Yo he sabido, sin que me quepa duda alguna de ello, por medios algo largos de esplicar, que la Sajonia tiene en este momento iguales intenciones.

Marquesa. (*Aparte.*) Un enemigo mas... ¡Ay Dios mio!

Conde. El baron de Saldorf, su embajador, debe llegar de un momento á otro para negociar tan grave asunto... Existen entre nosotros antiguas rivalidades, y á cualquier precio, es preciso que yo salga victorioso.

Marquesa. ¿Y si á pesar de todo el príncipe no quisiese casarse?

Conde. No es dueño de oponerse... El príncipe se debe al estado. Ya conocereis que desde anoche, que llegué, no habré perdido el tiempo. Ya me he puesto en relacion con las personas que me tendrán al corriente de todo lo que pase. Además, esta mañana he tenido una entrevista con el gran duque, quien se halla bastante dispuesto, pero no se ha decidido aun.

Isabel. ¡Tantas cosas desde ayer! ¡Y yo no sospechaba siquiera!... ¡Un diplomático no duerme!

Conde. Lo que ahora os suplico, señora, es que hableis en nuestro favor, no solamente al príncipe, sino á la córte, entre los vuestros... En los salones es en donde las opiniones se forman: además, si se desea triunfar en el dia, es preciso contar con las mujeres... sobre todo con las mujeres de talento... porque el talento ahora es una potencia.

Marquesa. En cuanto á este asunto desconfio de mi poder.

Conde. Hay soberanos que no conocen su fuerza, y en ese caso os encontrais vos. El segundo favor que espero de vuestra amistad, es que me hagais el obsequio, durante mi permanencia aquí, de tener á mi hija á vuestro lado. No conozco sociedad ni casa mas agradable que la vuestra.

Marquesa. Me pedís un favor que soy yo la que debo agradecéroslo. (*Pasa al lado de Isabel.*)

Isabel. ¡Ah, señora, qué buena sois! Mi papá, demasiado lo veo, teme mis indiscreciones, y por esto me aleja de su lado.

Conde. ¡Yo! ¡qué idea! Si quieres, amiguita, que te hable francamente, diplomacia á un lado, sabe que si te pongo bajo la proteccion de la señora, es porque hay cierta persona en el mundo cuyas asiduidades me dan que temer; cierto sugeto á quien conoces perfectamente, y que nos encontramos en todos los puntos que llevamos de viaje.

Isabel. ¡Quizá sea casualidad!

Conde. Un atolondrado, de escelente familia, que podia aspirar á todo; el hijo de un antiguo amigo, á quien yo mismo dí las primeras lecciones, y á quien me he visto precisado á abandonar, porque no hará nunca nada.

Isabel. Es decir, él no será nunca un hombre de estado, pero puede ser otra cosa. ¿Creeriais, señora, que ese pobre jóven, con tal de complacer á mi papá y de merecer mi mano, ha probado hasta á ser diplomático? Por espacio de dos años ha estudiado en París los ne-

gocios estranjeros... y no puede, no entiende una jota; pero no es culpa suya, sino que carece de vocacion. Este es el motivo por que mi papá no le puede sufrir; pero en cuanto á mí, si yo me creyese con derecho para tener un parecer, le preferiria por esa sola circunstancia. No quiero ser esposa de ningun embajador, pues soy poco discreta para eso. Casi es preciso tener que preguntar todas las mañanas al marido la fisonomía que debe guardarse durante el dia... ¡Oh! eso es horrible... violento, un continuo disfraz; la vida entera presenta el aspecto de un baile de máscaras... ¡y el baile de máscaras es tan fastidioso!...

CONDE. No siempre: ¿no es verdad, señora? Pero sean cuales fueren mis ideas, no es este el momento de discutirlas. Lo importante por de pronto es velar por mi hija, y eso me es imposible. Tengo sobrados negocios para ocuparme de los mios, y como mi profesion me obliga á conocer lo que sucede en las casas ajenas, no he tenido tiempo aun de saber lo que se hace en la mia. Pero al confiárosla quedo del todo tranquilo, y en adelante puedo desafiar abiertamente al caballero de Chavigni...

MARQUESA. ¡Cómo! ¡el caballero de Chavigni... un francés! ..

ISABEL. Sí, señora.

MARQUESA. ¿Y es á él á quien temeis?

CONDE. Ya no le temo, señora... No creo que se atreviera á entrar aquí...

ESCENA IV.

Los mismos; HERMAN, *por la puerta de la izquierda.*

HERMAN. (*Anunciando.*) El señor de Chavigni.

ISABEL. ¡Dios mio!

CONDE. ¿Cómo diablos se encuentra aquí? ¿que le habrá traido?

MARQUESA. (*Algo turbada.*) En verdad que... no sé nada... y como vos, ignoro... (*Aparte.*) ¡Qué contratiempo! ¿Y cómo desviar sus sospechas?

CONDE. Cuando yo os decia que nos persigue por do quiera... Parece que ha emprendido la tarea de deshacer mis proyectos.

ISABEL. (*Aparte.*) Mi papá dirá lo que guste, pero no es tan listo quien de nada entiende. (*El conde y su hija se retiran al fondo del teatro, á la derecha.*)

ESCENA V.

Los mismos, CHAVIGNI.

CHAVIGNI. (*Entrando y saludando á la marquesa.*) ¡Cuán feliz me considero al poderos presentar mis respetos! (*Reparando en el conde y su hija.*) ¡Oh, señor de Douro!... ¡doña Isabel!... Hoy es el capítulo de los encuentros, y hé aquí tres admirables, segun mi parecer.

CONDE. Y sobre todo imprevistos ¿no es verdad? ¿vos no esperabais hallarnos aquí?

CHAVIGNI. Palabra de honor; la última vez que os encontré, me dijisteis que ibais á Dinamarca, lo que me desconsoló en estremo, porque estoy encargado de negocios muy importantes que me detendrán algun tiempo en esta córte.

CONDE. ¡Negocios!... ¿vos?

CHAVIGNI. Como lo oís... un asunto grave.

MARQUESA. (*Aparte.*) ¡Imprudente!

CHAVIGNI. ¿Esto admira á V. E.? ¡Ya estaba yo seguro, porque teneis de mí tan buena opinion!... Vos no me creeis capaz de redactar un protocolo... ¡ca! y aun no sé si me concedereis la disposicion suficiente para ser portador de despachos diplomáticos... Pues bien, en la córte de Francia se tiene de mí una idea del todo diferente: me dan empleos, y como nadie es profeta en su patria, me envian á Alemania.

ISABEL. ¡Ay Dios mio! ¡salió lo que yo pensaba! ¿Ya sois embajador?

CHAVIGNI. Poco menos. (*Al conde.*) Es preciso que os hable de todo esto, para que me aconsejeis.

MARQUESA. ¿Y pensais hacer representar un papel secundario... el papel de confidente, á todo un embajador de Portugal?

CHAVIGNI. Ciertamente... ¡Vos sois tambien un enviado estraordinario! Así tendré por casualidad el honor de ser vuestro colega siquiera una vez. Lo mismo da; mi nueva dignidad no me deslumbra, y reconoceré siempre vuestra superioridad. Hé aquí de que se trata. A fin de este mes se va á dar un baile, una fiesta magnífica que ofrecerá la córte: allí han de figurar comparsas de todas las naciones, y se desea asistir á él en trajes de este país, en esos trajes de aldeanos tan seductores, tan pintorescos. Pero ¿cómo obtenerlos del todo exactos y fieles? ¡Los grandes se ven tan á menudo engañados! Entonces me presenté yo, ofreciéndome á venir á buscarlos aquí; y como conocen mi integridad y mi adhesion, se han dignado encargarme de una mision tan importante, dándome los poderes mas amplios. Esto es lo que aquí me trae.

MARQUESA. (*Aparte.*) Me ha comprendido: respiro.

CHAVIGNI. Hasta aquí mi embajada presenta los mejores auspicios. Ya esta mañana, á algunas leguas de aquí, me ha ocurrido la mas graciosa aventura... Hallábame solo en mi silla de posta, ocupada por entero por mi capacidad diplomática, y no sé cómo diantre he hecho volcar, sin apercibirme de ello, un pesado *landó*, inmenso edificio de construccion alemana... Aun se me figura ver á su dueño, algun conde del Santo Imperio, reprochándome porque iba como el viento. Pero... no es culpa mia; ¡es preciso que un francés vaya de prisa, de prisa, y que un embajador demuestre siempre que le falta el tiempo!... Vos me lo habeis dicho cien veces, ¿no es verdad?

CONDE. Es verdad. ¿Y por un traje de baile teneis tanta prisa? ¿para eso habeis andado cuatrocientas ó quinientas leguas?

CHAVIGNI. Vos habeis corrido á menudo el doble para negociaciones menos dificiles. La mia, habeis de convenir en que es de las mas delicadas; no perdais de vista que he de ponerme en contacto con las mujeres mas lindas del pais; para no dejarse turbar ni dominar, para no hacer caso de la persona y sí únicamente de su traje, se necesita bastante cabeza... y vos, que tanto blasonais, quizá la perderiais mas pronto que yo. En cuanto á mí es diferente, mi mérito es menor que el de cualquier otro, (*Mirando á Isabel.*) pues hace tiempo que tengo mi salvaguardia. (*Pasa á la derecha de Isabel.*)

ISABEL. Lo mismo da... de todos modos no deja de ser una mision muy singular.

CONDE. (*Bajo á la marquesa.*) Tan singular, que apostaria que en cuanto acaba de decirnos... no hay una palabra de verdad.

MARQUESA. (*Lo mismo, sonriendo.*) Yo tambien creo que algun otro motivo... (*Señalando á Isabel.*) que no os costará trabajo adivinar.

CHAVIGNI. (*Aparte y mirándoles.*) ¿Qué les pasa? Parece que no me creen; sin embargo, les he dicho la verdad.

CONDE. ¿Teneis intencion de presentaros en la córte del gran duque?

CHAVIGNI. No por cierto; no tengo credencial, pues he venido de incógnito y sin carácter diplomático, así es que solo me importaba visitar á la señora de Surville, cuyo gusto y conocimientos pueden guiarme en mi difícil encargo.

MARQUESA. (*Con intencion.*) Haré cuanto esté á mi alcance para secundaros; pero ante todo necesito enseñar á esta amable niña la habitacion que le destino, porque se queda conmigo, bajo mi vigilancia; su padre me la ha confiado.

CHAVIGNI. (*Con alegría.*) ¿De veras? Eso no será obstáculo para las graves conferencias que hemos de tener juntos; al contrario, doña Isabel será testigo.

MARQUESA. Ni pensarlo, caballero: tan importantes negocios solo se tratan en secreto. (*Con intencion.*) Dentro de un instante tendré el honor de volver á veros, pero sola, sin testigos, si es que no os asusta la conferencia.

CHAVIGNI. (*Con arrogancia.*) Señora, un diplomático nada teme. (*La marquesa da la mano á Isabel, y entran juntas en la habitacion de la derecha.*)

ESCENA VI.

El CONDE, CHAVIGNI.

CONDE. Ahora que estamos solos, hablemos con franqueza, porque vos sabeis que nuestra profesion nos exige siempre dos verdades.

CHAVIGNI. Sí, una de ellas que es mentira.

CONDE. Que es la primera; pero aquí se trata de la segunda, y ya conocereis que no me engaño acerca del motivo que aquí os dirige.

CHAVIGNI. Sin embargo, he dicho lo que hay, bajo palabra de honor: vengo en busca de un traje de baile... Aparte de esto, como no deseo lidiar con vos, pues sois mas diestro, debo confesar que me he encargado de este negocio, que me ofrece seis semanas de licencia, para tener el placer de seguir vuestras huellas. Apenas se necesitan algunos dias para llegar hasta aquí, y hace mas de un mes que sali de Paris; pero para cumplir mi mision he tomado el camino que elegia La Fontaine para ir á la academia... esto es, el mas largo. Os hallabais en Milan, y esto me ha hecho pasar algunos dias en Italia. Fuisteis á Génova por el Simplon, y así he podido ver la Suiza. Atravesasteis el Rhin, y he visitado la Alemania... y entre parentesis, esto me ha vuelto á mi camino, lo que es graciosísimo. A vos, pues, mi venerable profesor, lo deberé todo, desde las primeras lecciones que empezaron mi carrera diplomática, hasta los viajes que la han perfeccionado.

CONDE. (*Sonriendo.*) Es verdad. Escuchadme, querido Chavigni; vos sois un jóven muy amable, á quien aprecio mucho; muy divertido, muy ingenioso...

CHAVIGNI ¡Cuán bueno es V. E.! ¿es esa su primera verdad?

CONDE. (*Sonriendo.*) No, es la segunda... Ya hemos convenido no emplear mas que esta entre nosotros, porque aquí no se trata mas que de asuntos de familia. Vos amais mucho á mi hija, y lo siento, porque no quiero dejaros concebir infundadas esperanzas; para demostraros acerca del particular todo el fondo de mi pensamiento, os declaro que jamás sereis mi yerno.

CHAVIGNI. Gracias por tanta franqueza. Yo sé que mi fortuna es escasa é inmensa la vuestra; pero no aspiro á vuestras riquezas ni os las pido.

CONDE. ¿Podeis imaginaros, caballero, que me guia semejante motivo? Prueba de ello es que en otro tiempo ya sabeis que este enlace estaba convenido entre nuestras dos familias. Pero despues he cambiado de ideas... tengo otras miras sobre mi hija... Yo deseo un yerno á quien poder asociar á mis ideas, á mis proyectos... Un yerno que siga con honor mi carrera y que brille en primera línea.

CHAVIGNI. Yo no desearia otra cosa, y no me opongo á ello; mi mérito es quien no lo quiere. No he nacido diplomático, y no sabria cómo componérmelas; pero hay otras carreras en que uno puede distinguirse...

CONDE. Aquella es la única que yo aprecio y que honro.

CHAVIGNI. Cada uno tiene su parecer, y como maldito lo que entiendo en las discusiones políticas, he abrazado la carrera militar. Aquí no hacen falta ni rodeos, ni sutilezas, ni... pues para dar ó recibir una estocada, no se necesita tanto talento; es decir que vosotros charlais sin zurraros, y nosotros nos zurramos sin chistar.

CONDE. Si, tiene su mérito; pero por desgracia ninguno hay como ese que se oponga tanto al género de talento que yo quisiera ver en mi yerno. ¿Hay cosa mas absurda que la guerra para un hombre sensato? ¿No es por su naturaleza el enemigo nato de la diplomacia? ¿Qué objecion podreis oponer á cien mil bayonetas? ¿Qué argumento podreis presentar á un cañonazo? La guerra es el abuso, el triunfo de la fuerza: en donde reina el sable, enmudece el pensamiento; ya no hay civilizacion, estamos en Turquía, en Argel... Pero conseguir en el silencio del gabinete, por la sola influencia del raciocinio, por felices y hábiles combinaciones, conseguir, digo, poner un freno á la ambicion, mantener el equilibrio, la paz entre las diferentes potencias, y forzar, en fin, á los hombres á ser dichosos, sin ponerles las armas en la mano, sin derramar su sangre... esto es lo que no se admira como se debe; ¡esto es bello, sublime!... ¡es el triunfo y la obra del génio!

CHAVIGNI. Así es... en apariencia; pero ¿qué se diria si á menudo se conociesen las causas secretas ó reales de los principales acontecimientos? No es esto que yo quiera arrebatar á los ministros de talento, á los grandes negociadores, la gloria que les pertenece; pero convenid en que si se pusiese á un lado la parte que en todo ello tiene el azar, el mérito quedaria reducido muchas veces á muy poca cosa.

CONDE. Pues yo sostengo que no existen azares para un hombre entendido, pues el talento lo hace todo... Pero, ¿quién viene aquí? es el caballero de Rhinfeld, el secretario principal, que me profesa ya una amistad á toda prueba.

ESCENA VII.

Los mismos; el caballero de RHINFELD, *entrando por el fondo y haciendo profundas cortesías.*

CHAVIGNI. (*Aparte.*) ¿Quién será este? Algun empleado de

la cancilleria, pues es tan misterioso como un secretario de estado y largo como un protocolo.

NFELD. ¿Podré hablar dos palabras en particular al señor conde del Douro?

AVIGNI. Que yo no sea obstáculo... (*Repara en un gran album que habrá encima de un sillon á la izquierda.*) Aquí hay justamente un album de dibujos y grabados: puede que halle en él alguna idea para el traje que necesito. (*Mientras que hojea el album, se aproxima Rhinfeld al conde.*)

NFELD. Vengo de la estancia del señor conde, en donde habiais dejado dicho que aquí os encontraria.

DE. (*En voz baja.*) ¿Qué tenemos? ¿Me concede la audiencia el príncipe Rodolfo?

FELD. He hecho cuanto he podido. V. E. no puede dudar de mi adhesion y del interés que me inspira este asunto... pero S. A. no recibe esta mañana.

DE. ¡Qué contratiempo! ¿Si habrá llegado el enviado de Sajonia?

FELD. No, monseñor.

E. ¿Y no podré aprovechar esta tardanza tan favorable?... ¿No habria medio de ver al príncipe? (*A media voz.*) Decidme, señor de Rhinfeld, ¿no recibirá á nadie mas?

FELD. (*Lo mismo.*) A nadie, escepto á un estranjero, á quien no conozco, y que acaba de llegar á este pais; un enviado de Francia, un tal Chavigni.

E. ¡Silencio! ¿Estais del todo seguro?

FELD. Si tengo una carta para él, una carta que le escribe el príncipe: estoy encargado de entregársela con mayor sigilo, y por lo tanto marcho á su estancia...

. (*Deteniéndole y en voz baja.*) ¡Es inútil! está aquí; radlo. (*Le señala á Chavigni.*)

ELD. ¡Será posible! Entonces, si le conoceis, vuestro gocio es seguro, porque goza de todo el favor del ncipe, y obtendreis por su mediacion cuanto deis.

. No lo hubiera esperado nunca.

ELD. Ni yo tampoco; ha sido la mas feliz casualidad... E. no echará en olvido que lo debe todo á mi hadad y á mi penetracion.

. Ya sabeis cuales son mis promesas, y jamás he falo. Cumplid vuestra mision y dejadnos.

ELD. Sí, monseñor... (*Dirigiéndose á Chavigni, á quien da.*) ¿Es al caballero de Chavigni, enviado de Fran á quien tengo el honor de hablar?

NI. El mismo: ¿qué se os ofrece?

ELD. Una carta que S. A. el príncipe Rodolfo me ha rgado que os entregue con el mayor sigilo.

NI. ¿A mí? Sin duda os equivocais.

LD. (*Dándosela.*) Para vos mismo. Espero que tenla bondad de espresar á S. A. el modo satisfacio con que he cumplido mi mision. (*Saluda y se va l fondo.*)

ESCENA VIII.

CHAVIGNI, *el* CONDE.

I. (*Contemplando la carta.*) Es seguro que si le han hado entregármela misteriosamente, lo ha cumpli-, orque maldito si entiendo una palabra.

(*Sonriendo.*) ¿De veras?

. Palabra de honor: en mi vida he visto al principe, ni creia tampoco que él me conociese.

CONDE. (*Lo mismo.*) ¡Vaya!

CHAVIGNI. Os lo juro.

CONDE. Aun no habeis adquirido la costumbre de fingir. lo conozco; pero haceis mal en disimular conmigo, porque sospecho lo que contiene ese billete.

CHAVIGNI. Pues sabeis mas que yo, porque lo ignoro... no puedo caer... Leed primero.

CONDE. ¿De veras? ¿Estais seguro de que nada me hará saber?

CHAVIGNI. Alguna invitacion de baile.

CONDE. (*Leyendo.*) «No podré recibir en mi palacio al caballero de Chavigni, pero le ruego que me espere á la una en el parque de Surville: la proximidad de la caza me permitirá llegarme allí para hablarle algunos instantes.»

CHAVIGNI. Pues, hombre, no deja de ser singular... ¿Qué significa esto?

CONDE. A vos es á quien debo yo hacer esa pregunta... pues vos no habeis venido aquí sin motivo.

CHAVIGNI. Es verdad; como os tengo dicho, he venido en busca de un traje de baile.

CONDE. Decidselo á otro, pues no será á mí á quien hagais creer semejantes locuras, buenas, todo lo mas, para mi hija ó para la marquesa de Surville. En cuanto á mí, hacedme el favor de inventar mejores razones, ó confesadme de una vez que motivos particulares os obligan á guardar silencio, en cuyo caso, comprendo lo que todo significa. No insisto mas y nada deseo saber.

CHAVIGNI. ¡Bravo! ¿qué os decia yo hace un momento? Hé aquí como se despierta vuestro génio diplomático y forja mil conjeturas; pero tranquilizaos... vuestra desconfianza, vuestra destreza habitual, os hacen ver graves acontecimientos en donde nada hay.

CONDE. ¡Ah! con que á vuestro parecer nada quiere decir el que el príncipe solo os pueda recibir á vos; y cuando esta audiencia que estoy solicitando desde esta mañana, os la concede á vos... léjos de palacio... en secreto... en este parque...

CHAVIGNI. Podria ser que hubiese realmente algo... quizá esté enterado de mi mision... Todo se sabe en la córte, y tal vez querrá darme algun consejo sobre el traje de baile...

CONDE. ¡Otra vez! ¡eso ya es demasiado!

CHAVIGNI. Lo sentiria, porque cuando un príncipe da un consejo, es preciso seguirle, y si tocante á trajes no es hombre de gusto... lo que es muy posible...

CONDE. (*Colérico.*) ¡Caballero! eso pasa ya de los límites... (*Conteniéndose.*) Escuchadme, Chavigni... yo os profeso un grande afecto, y quizá me lo tengais vos á mí.

CHAVIGNI. ¿Quién lo duda?

CONDE. Pues bien, os ofrezco la paz ó la guerra. ¿Cuál es vuestra mision ante el príncipe, y cuál debe ser el objeto de vuestra entrevista?... Responded.

CHAVIGNI. Bien lo quisiera... pero no puedo, por una razon que vos mismo aprobareis.

CONDE. ¿Y consiste?...

CHAVIGNI. En que no sé nada.

CONDE. No sabeis nada... Esa respuesta me lo dice todo, y ahora comprendo... Pues bien, yo os declaro que impediré esa entrevista... que si es necesario, daré parte al gran duque, porque al punto á donde han llegado las negociaciones, esta conversacion secreta de su sobrino

con un enviado de Francia es muy inconveniente, por no decir otra cosa... Pero callad, callad, allí en los jardines distingo al príncipe en persona.

CHAVIGNI. (*Aparte.*) Es verdad. ¿Si realmente tendrá razon?... es muy posible... mas sabe de esto, que yo.

ESCENA IX.

Los mismos, RODOLFO.

RODOLFO. (*Aparte, viendo á Chavigni.*) ¡Es él... Chavigni!... ¡Dios mio! ¡el enviado de Portugal! ¿Cómo es que aun está aquí?

CONDE. No esperaba la dicha de hallar á V. A.

RODOLFO. Yo soy, señor conde, quien me considero dichoso por tan feliz casualidad. Me he visto separado del resto de la caza, junto á estos jardines, que no conocia... ¿A quién pertenecen?

CHAVIGNI. A la señora marquesa de Surville.

RODOLFO. ¡Ah! pero... ¿no sois vos el caballero de Chavigni?

CHAVIGNI. Sí, príncipe.

CONDE. ¿Le conocia V. A.?

RODOLFO. Mucho: nos hemos visto en la córte de Francia... éramos íntimos... y yo espero que, durante su permanencia aquí, me tratará como antiguo amigo.

CONDE. (*Aparte.*) ¡Y Chavigni que pretendia no conocerle! (*Alto.*) Esta mañana, príncipe, he hecho pedir á V. A., por conducto del señor de Rhinfeld, su secretario, un instante de audiencia...

RODOLFO. No era necesario. Bien sabeis, señor conde, que yo siempre estoy visible para vos. Venid mañana, pasado, cuando gusteis, y hablarémos de negocios; pero hoy todo es placer... El gran duque, á quien he dejado en el estremo del parque, iba estrañando ya no veros á su lado.

CONDE. ¡Será posible!

RODOLFO. Esta noche tenemos baile, concierto... espero que os dejareis ver, como tambien el caballero de Chavigni. (*A Chavigni.*) Creo recordar que sois un gran músico, violinista de primera.

CHAVIGNI. (*Tartamudeando.*) Es muy posible... (*Aparte.*) El violon es lo que yo toco.

RODOLFO. Pero ¿os gusta la música?

CHAVIGNI. ¡Mucho!

RODOLFO. Pues ya hablaremos. En primer lugar, aquí, en Alemania, estamos por la música italiana: la córte es *Rossiniana*, os lo advierto.

CHAVIGNI. (*Friamente.*) Lo siento, príncipe, pero yo soy independiente en mis opiniones, y estoy por la música alemana.

CONDE. (*Aparte.*) ¡Buen cortesano!

RODOLFO. (*Bajo á Chavigni, señalándole el conde.*) Tratad de que se vaya.

CHAVIGNI. Sí, príncipe. (*Acercándose al conde y en voz baja.*) Querido profesor...

CONDE. ¿Qué se ofrece?

CHAVIGNI. S. A. me dice que invente un medio para alejaros de aquí... Vos, que teneis tanto talento, decidme cómo he de gobernarme para...

CONDE. (*Con despecho.*) Entiendo; pero no gozareis largo tiempo de vuestro triunfo. (*Aparte.*) Vuelo al lugar de la reunion para prevenir al gran duque. (*Saluda á Rodolfo y se aleja.*)

ESCENA X.

RODOLFO, CHAVIGNI.

RODOLFO. ¡Qué felicidad! ¡nos deja! Y para eso no hab tenido que soltar mas que una palabra. ¿Sabeis q sois muy diestro?

CHAVIGNI. ¡V. A. es demasiado bueno!...

RODOLFO. No perdamos tiempo. ¿Habeis llegado de Fra cia?

CHAVIGNI. Esta misma mañana.

RODOLFO. ¿Habeis comunicado á la marquesa de Surv las órdenes de que sois portador?

CHAVIGNI. Sí, príncipe.

RODOLFO. ¡Alabado sea Dios! Así podremos hablarnos rebozo y entendernos los tres... Venid, pasemos á la bitacion de la marquesa... ¿en dónde está?

CHAVIGNI. Con doña Isabel, la hija del enviado de Por gal.

RODOLFO. ¡Malo! Como temo que por hoy no podré v ver á ver ni á vos ni á la marquesa, tomad en pri lugar... (*Deteniéndose.*) Pero no sé cómo pediros favor.

CHAVIGNI. ¿Y por qué no, monseñor? Ruégoos que cr que os soy completamente adicto.

RODOLFO. Hé aquí en primer lugar los dos retratos cuestion; desde ahora no me pertenecen, y os sup que los entregueis á quien ya sabeis.

CHAVIGNI. ¡Cómo! ¿quereis... que yo?...

RODOLFO. Yo creo al menos... que entre nosotros... ei jóvenes, esto no puede herir vuestro amor prop pues á no ser así...

CHAVIGNI. ¡Cómo, querido príncipe!...

RODOLFO. Hablando ahora de nuestro importante asu la sola presencia del conde del Douro debe ind ros la difícil posicion en que me encuentro, y gra al cielo, no sé por qué feliz casualidad no ha con recido aun el enviado de Sajonia, pues esta tarda nos da tiempo para tomar nuestras medidas. Pero este momento es preciso ante todo que...

ESCENA XI.

Los mismos; ISABEL, *saliendo de la habitacion de la dere*

ISABEL. ¡Ay Dios mio, cuánta gente! ¿No ois?

CHAVIGNI. ¿El qué?...

ISABEL. Caballos, perros, picadores... el gran duque vuelve de caza y que entra á descansar en el pal de la marquesa de Surville.

RODOLFO. ¡Cielos!

ISABEL. Mi papá le acompaña, y la señora marquesa se apresurado á ir á recibir á S. A.

RODOLFO. ¿Qué le podrá traer aquí?

CHAVIGNI. ¡Ahora caigo! El conde del Douro, el envi de Portugal... Sí, me habia amenazado con interrum nuestra entrevista.

RODOLFO. ¡Gran Dios! ¿le habeis dicho acaso?...

CHAVIGNI. No he dicho una palabra ni á él ni á nadie. he venido aquí por un traje de baile y nada mas.

RODOLFO. Divinamente... habeis obrado bien; pero s todo con el gran duque os recomiendo la mayor cunspeccion.

CHAVIGNI. Vivid tranquilo.

ISABEL. (*Bajo á Chavigni.*) ¡Ah, caballero, qué mujer

amable es la marquesa!... Se interesa por nosotros... nos protege... me ha prometido unirnos. Por lo tanto, haced cuanto os diga; no os recomiendo otra cosa... (*Alejándose.*) Aquí están mi padre y S. A.

ESCENA XII

mismos; el Gran Duque, *dando la mano á la Marquesa, el* Conde del Douro, *el* Baron de Saldorf, *séquito de cazadores, picadores, etc.*

N Duque. ¿Me perdonareis, marquesa, el haber venido á visitaros tan de improviso?

QUESA. Unicamente hubiera querido estar advertida, para poder recibir mejor á S. A.

N Duque. El conde del Douro ha sido el que, haciéndome admirar vuestro parque, me ha inspirado el deseo de penetrar en él.

VIGNI. (*Bajo á Rodolfo.*) ¿Qué os decia yo?

LFO. En efecto, estos jardines son deliciosos, (*La marquesa pasa al lado de Isabel.*) y como lugar de cita para os cazadores es un paraje encantador.

N Duque. Ya lo veo, puesto que mi sobrino se ha adelantado ya. Príncipe Rodolfo, me alegro de hallaros; qui teneis al enviado de Sajonia, el señor baron de aldorf, que acaba de llegar y solicitaba ofreceros sus espetos.

ORF. Hablándoos francamente, contaba gozar mas ronto de semejante honor, pero un accidente acaedo á mi carruaje me ha hecho retardar algunas hos...

LFO. (*Bajo á Chavigni.*) Felizmente para nosotros.

UESA. ¿Y cómo os ha sucedido eso, señor baron?

ORF. Hablando francamente, señora, nada puedo der... El camino era magnífico, ancho cuanto es posible... pero un caballerito, sin miramientos ni... y que se ia en francés con cierto aire de socarron, y á quien reconoceria entre ciento... (*Reparando en Chavigni.*) ¡Diantre, hélo aquí!...

. ¡Cómo! ¡el enviado de Francia!

. (*Aparte.*) Ya tendria sus designios.

LFO. (*Bajo á Chavigni.*) ¡Bravo! ¡bien! ¡muy bien!

UESA. (*Lo mismo.*) El medio ha sido escelente.

Duque. ¿Y cómo es que el enviado de Francia se lla en mi córte sin haberme sido presentado?

GNI. Como mi mision es tan poco importante... como que tan solo vengo en busca de un traje de baile...

. (*Aparte.*) ¡Qué atrevimiento!... ¡hasta á S. A.!

Duque. (*Aparte.*) ¿Cuáles serán sus intenciones? Yo lo sabré. (*A Chavigni.*) Esta noche tenemos baile en palacio, y cuento con vos.

O. (*Bajo á Chavigni.*) Aceptad.

VIGNI. Tendré mucho honor...

QUESA. Allí nos veremos todos...

O. (*Id.*) En vos está nuestra esperanza.

Duque. Hasta la noche.

VIGNI. Hasta la noche.

. Hasta la noche.

OS. Hasta la noche, hasta la noche.

El duque da la mano á la marquesa. Rodolfo, el conde, Saldorf y Chavigni salen detrás de él.)

ACTO SEGUNDO.

Un salon pequeño del palacio. A la derecha la sala de baile, á la izquierda la del gran duque.

ESCENA I.

El Conde del Douro, Isabel.

Isabel. ¡Qué hermosa galería acabamos de atravesar! es admirable para un baile: ¿no es cierto, papá?

Conde. (*Preocupado.*) Si, querida.

Isabel. ¿No es cierto que se podria bailar una magnífica inglesa? Es verdad que en Alemania no conocen mas que el vals, mas tambien tiene su mérito. Pero ¿por qué, cuando empieza á llegar todo el mundo, os venís á este pequeño salon en donde no hay nadie?

Conde. (*Sin escucharla.*) Nada iguala á mi inquietud. No puedo negar que Chavigni ha hecho grandes progresos en el ánimo del gran duque... Hay que confesar que tiene mas intencion, mas fondo de lo que yo creia. Sobre todo siempre demuestra una alegria, una libertad de espíritu, que le permiten ocultar á los ojos de todos los designios que le ocupan. Durante la caza ha sabido entretener al gran duque con una multitud de alegres cuentos... Hasta ha compuesto dos cuartetas burlándose del montero mayor... quien creí que se enfadaria; pero ¡ca! ha sido el primero en reir.

Isabel. Pero, papá, ¿no volvemos al salon de baile?

Conde. ¿Para qué? el príncipe no está allí aun.

Isabel. Es que estoy comprometida para el primer vals.

Conde. ¡Comprometida!... ¿Con quién?

Isabel. ¡Ay papá! ya lo podeis adivinar.

Conde. ¡Cómo! ¡con Chavigni!... Nada le importa... ¡es lo mas audaz! Os prohibo, señorita, que baileis con él.

Isabel. Será preciso entonces que me devuelva mi palabra, porque he aceptado.

Conde. ¡Devolvértela! No por cierto: eso apareceria como una ruptura.

Isabel. ¿Con que podré aceptar?

Conde. Todavía no... aun no me he decidido.

Isabel. Pero, papá, ¿quereis acaso hacer cuestion política de una contradanza?

Conde. Para un hombre de estado la política está en todas partes. En fin, todo bien calculado, te prohibo que valses con él.

Isabel. ¡Cielos!

Conde. Pero te permito que bailes una contradanza... una sola.

Isabel. Comprendo... es mas conveniente.

Conde. Sí; y además, durante una contradanza se puede hablar; y él, que es tan atolondrado... Cállate, que aquí viene.

ESCENA II.

Chavigni, *el* Conde, Isabel.

Chavigni. Como soy, que vivia en un error. Se encuentra muy buena gente entre estos alemanes... El cocinero de monseñor es seguramente un grande hombre.

Conde. ¿Sois vos, Chavigni? ¿De dónde venis?

Chavigni. De comer con S. A. el gran duque.

Conde. (*Aparte.*) ¡Cielos! (*Alto.*) ¿Y cómo es eso?

Chavigni. Por una casualidad. Habiéndome permitido sol-

tar algunas pullas contra la cocina alemana, S. A. se ha dignado invitarme para destruir mis prevenciones.

CONDE. (*Con aire de desconfianza.*) ¡Ah! ¿con que era ese el motivo?

CHAVIGNI. No existe otro... ¡Una comida magnífica, y además una conversacion tan interesante!...

CONDE. ¿Con el príncipe?

CHAVIGNI. No, con las damas. Les he confiado el objeto de mi mision, ese traje de baile que yo venia...

CONDE. ¡Otra vez!

CHAVIGNI. Para vos esto carece de interés; pero para las damas, es un negocio de estado... Se han dignado interesarse en él hasta tal punto, que ya tengo cuanto deseaba...

CONDE. Escuchad, Chavigni; yo, como cualquier otro, me hallo sujeto al error.

CHAVIGNI. Es verdad.

CONDE. Pero cuando cometo alguno, me gusta reconocerlo, y sobre todo repararlo. Pues bien, sí; yo os he juzgado mal; yo no sospechaba que tuvieseis el talento y la destreza que hoy habeis desplegado; así es que mi prevencion ha concluido, y para probároslo, unios con franqueza á mi, confiadme el verdadero motivo de vuestra mision, y mi hija os pertenece.

CHAVIGNI. ¡Cielos! ¿seria posible?

ISABEL. ¡Ah! ¡cuánta bondad! ¡cuánta generosidad! ¿Y no os echais á sus piés?...

CHAVIGNI. Verdaderamente que... no tenia otra idea; pero es el caso que...

ISABEL. ¡Qué! ¿dudais?...

CHAVIGNI. No, no dudo; pero semejante felicidad, un golpe tan inesperado, y en la situacion en que me encuentro... deseo por lo menos un instante de reflexion...

CONDE. Es muy justo.

CHAVIGNI. (*Aparte.*) ¿Qué es lo que voy á hacer? ¿qué le voy á confesar? ¿que no sé nada, que no tengo ningun secreto, que soy un tonto?... Es muy capaz de no creerme, y si me cree, aun es peor, pues pierdo su estimacion y toda esperanza de obtener la mano de su hija... Pues no, á fe mia; al menos conservemos el honor... siempre hay esto en salvo.

ISABEL. Vamos, caballero, responded.

CONDE. ¿Estais decidido?

CHAVIGNI. Sí, señor conde, colocado entre el deber y el amor, me he visto á pique de ceder á este último; pero el talento que me concedeis, el mérito que habeis creido reconocer en mí, lo perderia, lo perderia todo si dijese una palabra; por lo tanto, para seguir siendo digno de vos, he resuelto callarme.

ISABEL. ¡Cielos! ¡qué oigo!

CONDE. ¡Rehusar la mano de mi hija! ¡rechazar mis beneficios!... ¡Eso es indigno!... (*Aparte.*) ¿Qué tal el caballerito? por cierto que no me lo esperaba... (*Alto.*) Pero ¿qué veo? allí viene S. A. (*A Chavigni.*) Caballero, todo acabó entre nosotros. (*Aparte, yéndose.*) Me he equivocado; este muchacho irá muy léjos.

ISABEL. (*Disponiéndose á seguirle.*) ¡Inmolar el amor á su fortuna! (*Chavigni la detiene y la hace bajar al proscenio.*)

ESCENA III.

ISABEL, CHAVIGNI.

CHAVIGNI. Por favor, una palabra; no me condeneis sin oirme antes.

ISABEL. No, caballero, dejadme... ya no os puedo creer ¡Nuestra felicidad dependia de vos solo, y habeis rehusado mi mano!

CHAVIGNI. Sí, conozco que á vuestros ojos... he hecho mal y sin embargo, yos misma no hubierais hecho otra cosa hallándoos en mi lugar; porque si es preciso que os confiese todo... vos no me hareis traicion... pues ¡no sé nada!

ISABEL. ¡Vaya! caballero... eso es indigno... querer disimular hasta conmigo misma... ¡Ah! ya decia yo que diplomacia os echaria á perder.

CHAVIGNI. Os juro que no sé una palabra.

ISABEL. Entonces, ¿por qué os habeis colocado en semejante posicion?

CHAVIGNI. ¡Como si fuese mia la culpa! Yo me encuentro aquí sin saber cómo ni por qué, lanzado en medio de todos los acontecimientos, á manera de incidente, de paréntesis, y me doy por satisfecho de haber escapado hasta ahora sin cometer ninguna necedad, que no puede dejar de suceder, porque ando á tientas sin saber á donde voy...

ISABEL. Sin embargo, caballero, esa conferencia, esa entrevista secreta que habeis tenido esta mañana con el príncipe, y que mi papá no puede esplicarse...

CHAVIGNI. Lo creo perfectamente, porque yo, que he asistido á ella, no comprendo aun lo que nos hemos dicho. S. A. me dirigió de prisa algunos cumplimientos sobre mi llegada, sobre la mision de que estaba encargado, y despues me entregó estos dos retratos... Mirad.

ISABEL. Es verdad.

CHAVIGNI. Examinadlos, y entonces sabreis tanto como yo.

ISABEL. Veamos, pronto.

CHAVIGNI. Soberbios diamantes y dos lindísimas mujeres ¿no es eso?... Por desgracia, yo no las conozco.

ISABEL. Ya lo creo; la una es parienta del rey de Sajonia, la otra prima de nuestro soberano. ¿Y por qué os ha entregado?

CHAVIGNI. Volveré á responderos lo mismo: lo ignoro. S. A. me ha dicho únicamente: «Entregadlos á quien habeis,» y como no lo sé, se han quedado en mi bolsillo. Pero, segun lo que me habeis dicho, adivino que los regalos que querrá hacer á nuestros dos embajadores, porque al fin, el retrato de su soberana... Este presente puede halagar á vuestro padre, y quién sabe si llegará á reconciliarnos. Dignaos entregárselo, y decidle que yo, yo mismo, quien de parte del príncipe le envio el retrato.

ISABEL. Voy al instante. Pero ¿me prometeis que no sois diplomático mas que por casualidad?...

CHAVIGNI. Os lo juro.

ISABEL. ¿Que no sereis jamás hombre de estado... hombre de talento?...

CHAVIGNI. Os lo prometo. Ya sabeis que no os puedo rehusar nada.

ISABEL. Así me gusta: voy á buscar á papá, y volveré... pues, pues supongo que no habreis olvidado la contradanza...

CHAVIGNI. Yo no olvido jamás las cosas esenciales.

ESCENA IV.

CHAVIGNI, *despues* SALDORF.

CHAVIGNI. ¡Ay! qué esposa mas encantadora voy á ten

e contemplaré tan feliz, cuando retirado de los negos... (*Reparando en Saldorf, que le está saludando.*) dios, aquí tenemos otro!... ¡El señor de Saldorf!...

ORF. Tengo el honor de saludar al señor de Chavigni.

IGNI. (*Devolviéndole el saludo.*) Señor baron... (*Aparte.*) ejémosle venir.

ORF. (*Aparte.*) Se calla... pues es que tiene algo que cirme... Esperemos. (*Gran pausa. Ambos se miran y se ntan, Saldorf á la derecha, Chavigni á la izquierda: elven á mirarse; por fin el baron de Saldorf, lleno de imciencia, toma la palabra.*)

ORF. Caballero, ¿os hallais muy cansado de vuestro aje?

GNI. Yo deberia haceros esa pregunta.

RF. Yo... si he de hablar con franqueza...

GNI. (*Aparte.*) Es verdad, que ha tenido que descanr en el camino.

RF. Estoy bastante satisfecho de mi venida... Acabo ver al conde del Douro...

NI. Yo tambien.

F. Así me lo ha dicho... y como le he visto algo desdo de vos, he creido que quizá podríamos acercarnos bos...

NI. (*Acercando á él su sillon.*) Yo, por mi parte, me o dispuesto...

F. (*Despues de un instante de silencio.*) El conde del ro se me ha adelantado, y por el pronto las probalades están en su favor.

NI. ¿Y eso es lo que sentís?

F. Nada de eso, me es igual. Hablándoos francate, no creo que nosotros triunfemos; pero nos imcomo a muchisimo que el enviado de Portugal no triunfe poco, y si pudiésemos entendernos...

I. No seria malo, pero ahí está la dificultad.

. ¿Por qué no? ¿Cuál es la opinion del príncipe, y de Sajo e todo la vuestra? Esto es cuanto yo deseo saber.

I. Señor baron... hablándoos francamente...

. (*Aparte.*) Está buscando escusas.

I. Mi opinion es de tal naturaleza, que casi me es por qu sible decirosla; pero vos sois sobrado sagaz para o ignore de adivinarla.

s á quie Comprendo.

n mi bol . Ya estaha yo seguro...

divino q (*Aparte.*) Es mas astuto de lo que yo creia.

os embaj . Y si algo puede daros á conocer las intenciones ... Este pu príncipe y mis disposiciones con respecto á vos... n sabe si resente, hecho á instancia mia, os lo dirá todo; un y decidle to que debeis conocer, y que me ha encargado que ncipe le en regue... ¿Comprendeis?

eleis que (*Aparte, examinando el retrato.*) ¡Cielos! (*Alto, le- dose.*) ¡Cómo! el príncipe Rodolfo... á instancia esta?...

Si, caballero.

e estado... ¡A mí tamaña afrental ¡un proceder tan injurio- e no os pue No es la negativa que esperaba, que hasta desea- que me exalta, sino verme despedido de este mo- napá, y vol aber sido el juguete de semejante complot... la olvidado la in de vuestras intrigas!

s esencial ¡Yo, caballero!

. *Indignado.*) Todo lo sabrá el gran duque palabra palabra, y á la córte entera daré á conocer vuesoyectos. (*Vase.*)

LDORF. Deberia empezar por decirmelos á mí.

ntadora

ESCENA V.

CHAVIGNI, *solo.*

Segun se ve, este caballero no es aficionado á la pintura... ¡Y yo que creia haberlo arreglado todo á las mil maravillas!... Parece que he hecho un gran disparate: ¡héme aquí en guerra abierta con la Sajonia! Si llega á poner en práctica sus amenazas, ¿por quien me van á tomar? El mejor y mas corto medio para salir del apuro seria desaparecer y dejarlos que se espliquen entre ellos. ¡Partir! y sin saber por que y sin reparar mi imprudencia; porque segun parece, la he cometido y grande... Habré puesto en un compromiso á ese escelente príncipe, á quien soy enteramente adicto, primero por agradecimiento y despues por curiosidad; porque á pesar mio, voy tomando interés en una empresa que no conozco y cuyo principal papel estoy representando... Por otro lado, mi contradanza con doña Isabel... ¿Qué haré, Dios mio, qué haré?

ESCENA VI.

La MARQUESA, RODOLFO, CHAVIGNI.

RODOLFO. (*A la marquesa, entrando.*) Si, no lo dudeis; la tempestad va á estallar... estamos perdidos... (*Reparando en Chavigni.*) ¡Ay Dios mio!... ¡Chavigni!... Desgraciado, ¿estais aquí todavía?

CHAVIGNI. Sí, príncipe mio.

RODOLFO. ¿Ignorais el peligro que a todos nos amenaza?

CHAVIGNI. Por eso precisamente me quedo.

MARQUESA. (*Corriendo hácia él.*) ¡Ah caballero! eso no lo estraño de vos: aun tenemos un amigo con quien poder contar...

CHAVIGNI. ¡En vida y en muerte! (*Aparte.*) ¡Pobre gente!... me dejaria matar por ellos... Parece que tambien la marquesa es de la conspiracion.

RODOLFO. Pero ¿sabeis que el gran duque está furioso contra vos?

CHAVIGNI. ¡Contra mi!

RODOLFO. Como no teneis ningun carácter diplomático, puede muy bien, sin faltar al derecho de gentes, sumiros en una prision de estado, de donde no estoy muy seguro de poderos sacar.

CHAVIGNI. (*Aparte.*) ¡Ay Dios mio!

MARQUESA. Pues ¿qué ha hecho?

CHAVIGNI. Eso es lo que yo pregunto.

RODOLFO. Si al menos me lo hubieseis advertido .. Pero intentar un golpe tan audaz... Ya sabiais que, colocado entre ambas potencias, que igualmente era preciso contentar, nuestra única esperanza era ganar tiempo, indisponiendo la una con la otra.

MARQUESA. Ese era nuestro plan.

RODOLFO. Era el mas prudente... Pues bien; él lo ha deshecho todo, dando un golpe atrevido.. Ha despedido en mi nombre al enviado de Sajonia y al de Portugal, y ambos están trinando.

MARQUESA. (*Con espanto.*) ¡Cielos! ¿Se habrá atrevido?... (*Con firmeza.*) Pues bien, ha tenido razon...

CHAVIGNI. (*Vivamente.*) ¿Lo creeis así?

MARQUESA. Si; semejante resolucion es la única que podia salvarnos. Ignoro cuales serán las consecuencias, pero al fin y al cabo hubiéramos tenido que venir á parar á eso: vos nunca hubierais consentido... Lo que me estraña es que haya podido decidiros...

Rodolfo. Bien á pesar mio, sin prevenirme... me ha obligado, valiéndose de la astucia mas refinada, mas infernal... Aquellos dos retratos que me pedisteis y que yo destinaba á...

Chavigni. (*Aparte.*) ¡Dios mio, eran para ella!

Rodolfo. Los ha entregado de mi parte al enviado de Portugal...

Marquesa. Y al de Sajonia... Comprendo.

Chavigni. (*Aparte.*) ¡Dichosa ella que comprende!

Marquesa. ¡Ah! ¡cuán agradecidos debemos estaros!

Chavigni. No hay de qué, señora; mucho menos de lo que creeis.

Rodolfo. En efecto, nos ha salvado de un peligro para hacernos caer en otro mayor... ¿Qué decir ahora al gran duque? ¿Cómo motivar esta doble negativa, esta doble afrenta? ¿Será preciso confesárselo todo?

Chavigni. ¿Y por qué no?

Marquesa. ¡Cielos! ¿ese es vuestro parecer?

Chavigni. Sí, señora; es preciso aclararlo todo; yo estoy porque se esplique...

Rodolfo. (*Dirigiéndose á Chavigni.*) Pues bien, encargaos vos.

Chavigni. ¿Yo?

Rodolfo. Sí; vos sois el único que con vuestro talento y habilidad podeis prestarnos este servicio. Yo por mi parte ya no me mezclaré en nada: vos que habeis empezado, acabad.

Chavigni. ¡Cómo! ¿quereis?...

Rodolfo. Sí, declarad al príncipe que yo amo mi libertad y que quiero conservarla.

Chavigni. Es muy natural.

Rodolfo. Y que no quiero casarme...

Chavigni. (*Admirado.*) ¿Qué? ¿Cómo?

Marquesa. Callaos, gente llega.

ESCENA VII.

Rodolfo, Isabel, Chavigni, *la* Marquesa.

Isabel. (*A Chavigni.*) ¡Ah, caballero! os andaba buscando. ¡Linda cosa haceis y muy bien cumplis vuestras promesas!

Chavigni. ¡Ay Dios mio! ha empezado el baile y nuestra contradanza...

Isabel. ¡Sí, de eso se trata! Acabo de ver á mi papá...

Chavigni. Está furioso... ya lo sé.

Isabel. Deberia estarlo, pero se ha calmado... «Hija mia, me ha dicho, Chavigni me ha engañado con tal arte, con una profundidad de que no le creia capaz. Mi indignacion no me impide el hacerle justicia, y aun puedo perdonarle y nombrarle mi yerno, con tal de que la Sajonia no salga victoriosa. Eso es cuanto ambiciono.»

Chavigni. ¡Cielos!

Isabel. Ya veis como me engañabais, caballero; os hallais mezclado en todo; aquí todo depende de vos, y aunque papá consintiera en nuestro matrimonio, yo soy la que rehusaria...

Marquesa. ¿Y por qué?

Isabel. ¿Por qué? ¿Creeriais, señora, que aun no hace un instante me ha asegurado, á mí, á quien ama, que no tenia noticia, que no sabia nada de lo que aquí estaba pasando?

Rodolfo. ¡Qué discrecion! ¡eso es admirable!

Isabel. ¡Pues eso no es nada! Mi padre le ofreció mi m... con la condicion de que le confiara el secreto d... viaje y de su mision, ¡y la ha rehusado, señora!

Rodolfo. (*Pasando al lado de Chavigni.*) ¡Será posible! ... generoso amigo! ¡jamás podré pagaros vuestra a... sion! Pero si llego al poder, si llego á reinar, no q... ro mas consejero ni mas amigo que vos.

Marquesa. Y hareis perfectamente. Entre tanto yo me... cargo de la reconciliacion. (*A Isabel.*) Sí, querida ... vos le perdonareis, siquiera por la amistad que... profesais.

Isabel. Puede darse por feliz de que le protejais, po... sin eso... Pero al menos que no venza la Sajonia, ... es cuanto le pido.

Marquesa. Y nosotros tambien.

Isabel. ¿No es verdad? Bien puede hacerlo por nòso... porque, ¿qué le importa que la Sajonia?...

Chavigni. ¡Ay Dios mio!... Si eso puede complaceros... ro olvidamos nuestra contradanza...

Marquesa. ¡Una contradanza! ¡Pensar en eso en seme... momento!

Chavigni. ¡Siempre, siempre! Todo se olvida en un ba... Allí es donde se forman los mejores tratados de alia... Si yo fuese soberano, obligaria á todos mis vasal... que se diesen la mano... en una contradanza... ¡V... corramos!

ESCENA VIII.

Los mismos, el Gran Duque.

(*El duque llega por el fondo en el momento en que van á ... detiénense á su aspecto Rodolfo, la marquesa, Chav... Isabel. Chavigni y la marquesa quedan á su izquierda ... dolfo é Isabel á su derecha.*)

Gran Duque. ¡Un momento! ¿á dónde vais?

Chavigni. Mil perdones, monseñor... un negocio de lo... importantes... una contradanza con la señorit... Douro.

Gran Duque. Yo le pediria el permiso de privarle ... pareja por algunos instantes... (*A Chavigni.*) Teng... hablaros, caballero... Esas señoras pueden entrar ... sala de baile, en donde se las espera. (*A Rodolfo* ... cuanto á vos, os ruego que paseis á mi gabinete, en ... de esperareis mis órdenes.

Marquesa. (*Bajo á Chavigni.*) Este es el momento de l... sis... defended nuestros intereses.

Rodolfo. (*Lo mismo.*) Solo en vos tengo esperanza. ... *mano á la marquesa y á Isabel, y los tres salen ... fondo.*)

ESCENA IX.

El Gran Duque, Chavigni.

(*El gran duque se pasea algunos instantes con inquietu... hablar, mientras que Chavigni dice el aparte siguient...*

Chavigni. (*Aparte.*) Esto se complica: yo habia creid... vinar que se trataba de una conspiracion en que s... contraba complicada la marquesa de Surville y ... prometida la libertad del príncipe... pero, desde q... ha hablado de celibato, no sé á qué atenerme. (*El ... duque se sienta, y Chavigni permanece en pié ante él.*

Gran Duque. Acercaos, caballero. Las cosas han lleg... tal estremo, que es preciso que yo conozca vuest...

tenciones. Aunque habeis llegado aquí sin ningun objeto ostensible, no se habla desde esta mañana mas que de vos: todo lo habeis trastornado en mi córte.

AVIGNI. ¿Yo, monseñor?

N DUQUE. Vos, caballero. El enviado de Sajonia os acusa, el de Portugal se queja de vos... y aun yo mismo estoy descontento del ascendiente que habeis adquirido sobre mi sobrino. (*Se levanta.*) Por vuestros consejos, procura escapar á mi severa mirada.

VIGNI. Yo no le aconsejo mas que lo que él quiere.

N DUQUE. No sigue mas parecer que el vuestro.

VIGNI. Los príncipes nos hacen siempre el honor de ser le nuestro parecer... cuando nosotros somos del suyo.

N DUQUE. Ya sé que teneis mucho talento; pero ya que hablamos con franqueza, voy derecho al asunto. Una vez que teneis tanta influencia sobre mi sobrino, hacedle comprender que hoy mismo exijo que haga su eleccion.

VIGNI. Su eleccion... ¿Tendreis la bondad de decirme cuál?

N DUQUE. Poco me importa: él es muy dueño... no pretendo instigarle... pero si de un modo ú otro no se halla casado esta noche, estad á las resultas.

IGNI. ¡Casado! ¡Dios mio! ¡pues ya sé lo que me toca!

DUQUE. ¿Por qué?

IGNI. Porque aquí, en este mismo instante, acaba de explicarme S. A. sus intenciones, que no se hallan muy de acuerdo con las de monseñor... puesto que desea permanecer soltero.

DUQUE. ¡Cómo! ¡con que rehusa! Lo siento por vos, caballero, y aquí no se echa de ver vuestra sagacidad; pues estaba decidido, y no sé á qué atribuir semejante cambio de resolucion... Sí, caballero; no se llega de ese modo, por intrigas hábilmente combinadas, á sembrar la discordia en un estado, el desórden en una familia... Nada me inquieta, gracias á vos, el hallarme en guerra abierta con dos potencias... ambas necesitan una respuesta satisfactoria, ó al menos que no descontente á una ni á la otra; esto solo os concierne á vos, y una vez que teneis tanto talento, tanta habilidad, buscad un medio para salir del atolladero; pero os repito que no olvideis que es indispensable que mi sobrino quede hoy casado; sino, vos sereis á quien acusaré por su desobediencia, y como no teneis aquí ningun carácter oficial, no debereis estrañar que me apodere de vuestra persona. Ahora, os dejo. (*Entra en su gabinete.*)

ESCENA X.

CHAVIGNI, *despues la* MARQUESA.

I. ¿En dónde diablos me he metido? ¿qué significa este doble casamiento? Desde que creo comprender alguna cosa, me parece todo mas embrollado que nunca. Él no quiere, el sobrino que no quiere... y en resúmen, ¿por qué no quiere?... Todo se arreglaria en seguida: voy á decírselo.

A. ¿Qué noticias hay?

. Magníficas. Si S. A. quiere... todo puede arreglarse.

A. ¿Cómo?

. Escuchad con atencion. Hé aquí las propias palabras del gran duque: «Poco me inquieta, gracias á vos.» Es á mí á quien habla. «Poco me inquieta el verme en guerra abierta con dos potencias... Hoy mismo necesitan una respuesta satisfactoria, ó al menos que no descontente á una ni á otra...»

MARQUESA. Ahí está la dificultad.

CHAVIGNI. Esperad, que aun no he concluido... Sigue hablando el gran duque... «Es preciso que hoy mismo quede casado mi sobrino, no me importa con quién; sino, vos sois responsable.»

MARQUESA. ¡Cielos! ¿qué decís? ¿á ese punto habeis llegado?

CHAVIGNI. Sí, señora; y casi sin ningun trabajo, porque de él mismo ha salido; pero ya conocereis que esto no puede durar mucho tiempo, y que es preciso que el príncipe se decida.

MARQUESA. Sí, teneis razon; este es precisamente el momento de ofrecer al gran duque un medio de salir de apuros; lo que él desea es no dar á ninguno la preferencia, no descontentar á ninguno de los dos... sino que el curso de los acontecimientos... ¿no es verdad?

CHAVIGNI. Sí, señora.

MARQUESA. Así pues, vos aconsejais al príncipe...

CHAVIGNI. Ciertamente; ya no hay que dudar.

MARQUESA. Pues bien, esperadme aquí; yo me encargo de todo, y no os mezcleis en nada.

CHAVIGNI. No pido otra cosa, porque despues de cuanto he hecho hoy...

MARQUESA. Voy en busca del gran duque; pero solo esta idea me causa un terror que no puedo dominar.

CHAVIGNI. Efectivamente... pobre marquesa... veo que temblais. ¡Vamos, valor, ánimo!

MARQUESA. Sí, lo tendré. Seguiré vuestros consejos, porque es preciso que nuestra suerte se decida. Dentro de algunos instantes, ó nos perdemos los tres, ó los tres nos veremos en posesion de los honores, de la fortuna... Adios, adios... esperadme. (*Entra en el gabinete del gran duque.*)

ESCENA XI.

CHAVIGNI, *solo.*

El temor empieza tambien á apoderarse de mí. Pobre señora... ¡esponerse de ese modo por mí! Yo no sé si en rigor deberia contenerla... ó dejarla obrar, porque lo que ella va á hacer allí, tiene algo de atrevido, de... ¡Que el diablo cargue conmigo si sé de lo que tiene algo!... pero ¡debe ser terrible! Y yo soy quien ha combinado, quien ha conducido todo esto; y yo soy la causa de tan grandes acontecimientos. ¡Ay! ¡si el conde del Douro estuviese aquí! ¡El, que sostenia esta mañana que el génio lo hace todo!... Si esta empresa, sea cual fuere, llega á buen término, todos quedarán persuadidos de mi talento sin segundo... Pero si no salimos con bien, seré el mas ridículo y mas absurdo de los hombres. ¿En qué quedaremos? ¿Soy un imbécil ó un hombre de génio? No tardará esto en decidirse, sin que mis faltas ó mi mérito influyan en la decision... La marquesa no vuelve... mal augurio... Vamos, la cosa se ha decidido; soy un tonto, y aquí viene el señor de Saldorf á darme la noticia oficial.

ESCENA XII.

El mismo, el BARON DE SALDORF.

SALDORF. (*Entrando de prisa y llevando aparte á Chavigni.*)

Vengo del gabinete del gran duque y estoy muy satisfecho de vos, señor de Chavigni... Habeis obrado como yo os pedia.

CHAVIGNI. ¡Yo!

SALDORF. (*A media voz.*) Sí; nuestros rivales no se llevan la victoria, que es cuanto yo queria. Yo daré cuenta á mi soberano de la parte que habeis tomado en este asunto; y si alguna vez teneis de él necesidad, yo os respondo de su benevolencia.

CHAVIGNI. ¡Cielos! ¿qué decis? ¿Acaso se han decidido por la Sajonia?

SALDORF. Nada de eso. Pero alguien llega... silencio.

ESCENA XIII.

Los mismos, el CONDE DEL DOURO, ISABEL.

CONDE. (*A Chavigni.*) Amigo mio, mi hija os pertenece.

CHAVIGNI. ¡Será posible!

CONDE. Admirablemente llevado; y os doy gracias en mi nombre particular por haberme servido cuanto ha estado en vuestra mano.

CHAVIGNI. Veo que el príncipe se ha decidido en favor vuestro.

CONDE. Nada de eso... ya habeis tenido buen cuidado... (*A media voz.*) Pero á lo menos el honor queda á salvo... La Sajonia no triunfa: eso es cuanto yo exigia... y cuanto vos podiais hacer.

ISABEL. (*Bajo.*) Ya me lo tenia muy prometido desde un principio.

CONDE. Confieso que hoy nos habeis admirado: ¡qué aplomo! ¡qué finura! y entre dos rivales interesados en haceros sombra, marchar con paso seguro, separarlos de vuestro camino y lograr el fin que os proponiais... porque realmente lo habeis logrado, pues una francesa es quien triunfa.

CHAVIGNI. ¡De veras!

CONDE. (*Sonriendo.*) Ahora bien, ¿sostendreis aun que en nuestras combinaciones son inútiles el génio y la destreza?

CHAVIGNI. No, señor conde; acabo de ver por mí mismo... (*Aparte.*) No hay recurso; parece decididamente que soy hombre de talento.

ESCENA XIV.

ISABEL, CHAVIGNI, *el* GRAN DUQUE, *la* MARQUESA DE SU[illegible]LLE, RODOLFO, *el* CONDE DEL DOURO, SALDORF.

RODOLFO. ¡Victoria, querido Chavigni; todo se ha co[illegible]sado, nada se ignora ya!

CONDE. Acabo de contárselo.

GRAN DUQUE. Ya sabeis entonces que todo está perdon[illegible] y que he dado mi consentimiento. Acercaos; cab[illegible]ro... (*A media voz.*) Os habeis gobernado admirablem[illegible]te, y no esperaba menos de vos. Sin embargo, no c[illegible] que soy tan cándido... apostaria á que ese matrim[illegible] aun no se ha verificado.

CHAVIGNI. ¡Cómo, monseñor!

GRAN DUQUE. Habeis hecho bien de decirlo; ha sido idea feliz, pues nos ha sacado del apuro en qu[illegible] hallábamos. (*Alto.*) Para probaros mi satisfaccio[illegible] la córte de Francia consintiese en privarse de v[illegible]tro talento, me contemplaria feliz en emplearlo [illegible] riéndoos á mi persona.

RODOLFO. No, monseñor; yo soy quien debo encarg[illegible] de que adelante en su carrera, y espero que ya n[illegible] abandonará, porque tenemos que saldar cuentas c[illegible]

SALDORF. (*Pasando al lado de Chavigni.*) Por mi parte[illegible] ballero, tengo un favor que pediros.

CHAVIGNI. ¡A mí, caballero! ¿y cuál?

SALDORF. Estoy escribiendo las memorias de la época [illegible]ra es la moda... y os ruego, ya que vos habeis co[illegible]cido este asunto, que me proporcioneis todos los [illegible] posibles sobre esta importante negociacion.

CHAVIGNI. (*Aparte.*) ¡Pues se dirige á buena parte!

GRAN DUQUE. Basta. Volvámonos á la sala del bai[illegible] donde deberán estrañar nuestra ausencia. Ruego [illegible] los señores, lo mismo que al caballero de Chavigi[illegible] guarden silencio aun por esta noche, pues me r[illegible] mañana el placer de comunicar esta noticia á t[illegible] córte; además, quiero que este asunto, que tan[illegible] nor os hace, sea insertado en la gaceta oficial c[illegible] dos sus detalles.

CHAVIGNI. (*Inclinándose.*) ¡Cómo, monseñor, querei[illegible] mañana!... (*Aparte.*) ¡Qué felicidad! ¡así podré sab[illegible] es lo que he hecho!

FIN.

Impr. de Narciso Re[illegible]